



NIGER. — Mercado de Apado (Pág. 231).

## MELANESIA Y MICRONESIA.

PRUEBAS Y ESPERANZAS DE LA MISION DE NUEVA-GUINEA.

El P. Verius, misionero del sagrado Corazon, escribe al Muy Reverendo P. Chevalier, superior general, desde Thursday Island (Estrecho de Torres), el 3 de noviembre de 1885:



Muy reverendo Padre Superior: Han pasado tres meses desde que tuve la dicha de dirigirla desde Nueva-Guinea mi primera relacion. Durante esos tres primeros meses de laboriosa fundacion ¡cuántas cosas han sucedido! ¡cuántos trabajos tengo que exponerle! ¡cuántos goces que participarle y sobre todo qué grandes sacrificio tengo que referirle!... El punto de donde le escribo se lo dice todo indudablemente... Estoy de vuelta en Thursday... El demonio, que teme tanto al sagrado Corazon de Jesús y á sus Misiones, ha obrado de tal manera que ha conseguido hacernos partir y obligarnos á suspender por algun tiempo nuestros trabajos en Julia-Islanda. La continuacion de mi carta le dará á conocer el enredo de este negocio y las múltiples pruebas que han originado mi vuelta forzosa á Thursday-Island. Básteme por ahora asegurarle, V. R. lo sabe mejor que yo, todo se fortalece en la cruz. Sí, hemos sufrido mucho por emprender esta fundacion; padecemos más que nunca por tener que abandonarla durante algun tiempo; pero el sagrado Corazon defiende por

Año VII.—N.º 156.

sí mismo una causa que es la suya. Nuestra Señora del Sagrado Corazon nos protege tambien visiblemente. Por doquiera que vamos, los salvajes muestran excelentes disposiciones y nuestras esperanzas aumentan y se encuentran más fundadas que nunca.

### I.

Para mayor fidelidad permítame V. R. referirle la historia de estos tres meses en Nueva-Guinea siguiendo mi diario. Añadiré de paso lo que crea le sea agradable saber sobre el país, los habitantes, sus costumbres y modales. Haré la posible abstraccion de la tristeza momentánea y me figuraré que estoy todavía en medio de nuestros amados salvajes, á donde por lo demás esperamos volver aún antes que V. R. reciba esta carta.

El 8 de julio por la mañana fué cuando yo entregué á Pedro, nuestro capitan, las cartas para Europa, y el P. Navarro salió sobre las siete, llevando consigo el último resto de civilizacion que nos habia seguido hasta entonces. Le vimos alejarse saludándonos, y perderse despues poco á poco en el horizonte, sin pensar en que era nuestra última esperanza humana. Desde que nos vimos solos, fué nuestro primer cuidado reunirnos ante nuestro altarcito para consagrarnos de nuevo al sagrado Corazon y á Nuestra Señora del Sagrado Corazon. Despues celebré la santa Misa en accion de gracias, y se pensó luego en organizarse. Mis hermanos coadjutores no creian lo que veian. Me miraban sorprendidos como para decirme: «¿Es verdad que estamos aquí y que estamos solos? ¿Es cierto que esta es Nueva-Guinea?» Nombré entonces á uno de ellos cocinero, el

30 Junio de 1886.



otro debía ser carpintero conmigo é inmediatamente se empezó á ejercer el cargo. El hacha á la espalda bajamos hácia el mar para cortar árboles. Nuestra primera casa está construida sobre un montecito cerca del mar. Por delante hay un valle, y otros por detrás con hermosos árboles. Hácia allí dirigimos nuestros pasos; pero habíamos hecho nuestras cuentas como en Europa. En una semana, decíamos, cortaremos madera suficiente; pero ¡ay! la pasamos entera en hacer senderos en el bosque para sacar las piezas cortadas. Son verdaderamente un espectáculo espléndido esos bosques vírgenes, pero realmente no agrada trabajar en ellos. Se corta un árbol y hay que cortar seis para que caiga. Todo está unido, y se sostiene y además se goza allí del placer de recibir sobre las espaldas una verdadera lluvia de hormigas rojas que pican con avidez igualmente que los mosquitos. Mas siendo excelente nuestra salud, nos reíamos de todo eso, y esperábamos poder hacer pronto una casa conveniente y poseer por fin á Nuestro Señor en medio de nosotros. Este era nuestro sueño, y cuantas veces estábamos cansados dicho pensamiento nos volvía á hacer tomar el hacha. De esta manera cortamos más de 150 árboles grandes y pequeños, y los salvajes nos ayudaron á llevarlos por montes y valles hasta el punto escogido para la residencia definitiva. Es esta una colina espléndida que domina la mitad de la isla. Se va á ella por un camino que despues del mar y la antigua casa tiene un buen kilómetro de largo. Esta nueva posicion es la mejor de la isla. La colina se parece bastante á un coto redondo; dos valles estrechos y profundos la rodean por derecha é izquierda y van á reunirse por delante para desembocar en el mar. El punto de vista es arrebatador: á S. E. á la izquierda, el puerto que es uno de los más hermosos y grandes de Nueva Guinea; despues, la Nueva Guinea con sus colinas y montañas elevándose gradualmente hasta 13 y 14 piés. Al Oeste delante de nosotros el mar que nos separa del mundo civilizado. A la derecha, es decir, al Noroeste tambien Nueva Guinea. Vea V. R. el mapa de Hall-Sounn que le mando; pero no le dé grande importancia, pues puede ser inexacto y seguramente es incompleto; señalaré en él los nombres de 25 pueblos cuando conozca su posicion de una manera más segura.

## II

Desde los primeros dias los salvajes viendo que yo tenia medicinas, acudieron á pedírmelas. No es posible decirle cuán dichoso me tuve por ello. Bendije en mi corazon al buen Maestro que me daba ocasion tan favorable para atraer á esas pobres gentes; me puse como pude á hacer de enfermero. Los unos tenian llagas que mal curadas tomaban proporciones increíbles; otros tenían el fuego en el cuerpo (irupa), así llaman ellos la fiebre; otros, en fin, tosian de una manera alarmante; dí á cada uno su medicina con muchos ademanes para explicarla. En estos climas tropicales la sangre es débil y se corrompe fácilmente. Un pequeño rasguño, un nada descuidado y no cubierto se envenena poco á poco y produce con frecuencia la hinchazon de todo el miembro. El agua fresca y el agua fénica lo curan fácilmente. Entonces comprendieron nuestros salvajes que la limpieza es un gran remedio, y habia entre ellos quienes se admiraban francamente de no haberlo sabido antes.

En cuanto á ellos no conocen ninguna ó casi ninguna medicina; cauterizan las llagas de los niños con piedras calentadas al fuego; figúrese V. R. cuáles serán los gritos del pobre paciente; pero como no saben curar la llaga que resulta de la quemadura, el remedio es con frecuencia peor que el mal y se necesita mucho tiempo para que estas grandes llagas se cierren dejando profundas cicatrices en las partes dañadas.

Cuando la enfermedad es interna tienen otra medicina que es más bien un sortilegio. Se reunen por la noche al rededor de la choza del enfermo; entonces una mujer toma no sé qué yerbas, las masca largo tiempo; despues entrando en la casa con ademan misterioso expectora sobre la parte enferma el producto de su masticacion y fricciona fuertemente.

Durante este tiempo sus compañeros permaneciendo delante de la puerta cantan un cántico lamentable en un tono más lamentable aún. Si el enfermo tiene lá fiebre entran dos mujeres en la choza, y tomando al enfermo lo frotan absolutamente como nosotros hacemos con la masa, yendo de piés á la cabeza. La operacion tiene por objeto arrojar la causa de la enfermedad haciéndola salir por la boca; cuando todo esto ha terminado, el enfermo quebrantado y bañado de sudor, está, dicen ellos, en vias de curacion. Pero volvamos á nuestra historia. Las yerbas altas que llegan aquí á tres y á cuatro metros de altura son un grande obstáculo para la circulacion. Tuvimos, pues, que pensar ante todo en hacer senderos y caminos: se dió principio por un camino de ladera para venir desde el puerto á la casa. Los salvajes que desde entonces no habian visto jamás estos caminos con revueltas por medio de las cuales se evitan las pendientes, se reian viéndonos trabajar. Misionero, decian, ¿por qué no haces el camino derecho para ir al valle? Así es más corto. Y yo no contestaba y me contentaba con decirles:

—Esperad, esperad y vereis lo que hace el misionero.

Esperaron y cuando todo estuvo bien nivelado decian:

—Has pensado bien, misionero, tu camino es más largo que nuestro sendero, pero no es tan penoso.

Y desde entonces todos seguian el camino del misionero para venir á la casa; y cuando llegaban extranjeros, los de la isla se apresuraban á darles muchas explicaciones sobre las ventajas del camino con rodeos. Pero un dia que yo estaba muy ocupado en el valle haciendo este camino, un viejo salvaje llamado Coae, tentado por mi manojo de llaves, le tomó sin decir nada y le llevó á su casa; grande fué mi sorpresa el dia siguiente en el momento de celebrar la santa Misa; no nos era posible abrir nuestro altar portátil, se busca por todas partes, pero sin encontrar jamás nada. En último resultado hablo del negocio al jefe Rauma, que habia llegado entonces; pero él sin conmoverse:

—¡Ah! Misionero, yo sé que desde ayer te faltan las llaves; Coae te las ha robado.

—¿Cómo, Rauma, lo sabes y no me dices nada? Tú no eres jefe.

Un poco picado el bravo salvaje, se pone á gritar fuertemente hablando á su mujer, que estaba del otro lado del valle. Esta contestó en el mismo tono, y este diálogo á distancia continuó bastante tiempo. La conclusion fué que la mujer debía advertir al viejo Coae que el misionero conocia su robo y que debía devolver inmediatamente las llaves. El pobre hombre, intimidado por todo este ruido, mandó devolver las llaves por



su primo Toors, y vino él mismo entrado el día. Al verle, le dije:

—Tú eres malo, Coae, durante dos días no entrarás en casa del misionero.

Se lo tuvo por dicho y se fué avergonzado; pero dos días después volvió á sentarse á la puerta como al ordinario con un aire de inocencia admirable. El ladrón aquí no es culpable si no es descubierto, y si lo es, es considerado perfectamente inocente después que ha restituido. No se puede decir, sin embargo, que nuestros salvajes sean ladrones; aquí como en todas partes la ocasión hace al ladrón.

### III.

Pero hé aquí otra historia: No teníamos provisiones más que para un mes próximamente; el *Gordon* (1) debía volver cargado inmediatamente después de su llegada á Thursday. Pero pasó el mes y el *Gordon* no vino. La escasez empezó entonces á hacerse sentir. Primeramente la carne, después la harina, todo se acabó, y las patatas dulces de nuestra isla, por causa de los grandes trabajos emprendidos y que nos veíamos precisados á hacer, no bastaban para conservar nuestras fuerzas. Entonces comenzó la fiebre con toda su triste compañía. Era una prueba que nos enviaba nuestro divino Maestro. Se la ofrecimos por la conversión de nuestra amada Nueva Guinea. Viendo que los Hermanos enfermos necesitaban algo más sustancial que las bananas, me acordé de nuestro mejor fusil y de las municiones de caza que teníamos. Aun en esto tuvimos frecuentemente ocasión de admirar la divina Providencia, porque cuando todo nos faltaba el H. Salvatore, nuestro bravo cazador, venía siempre con varias reses, pichones, pollas salvajes ó papagayos. Pero cuando por otra parte teníamos que comer, por más que iba á caza nada se le presentaba, ó tiraba en vano. Mientras que duraron las municiones todo caminaba todavía bastante bien, pero se acabaron, y el *Gordon* se obstinaba en no volver.

Un día en el momento en que yo me levantaba de una fuerte fiebre, los dos Hermanos la cogieron á su vez y se acostaron. ¿Qué hacer? es preciso un poco de caldo para estos pobres extenuados de fatiga. Salgo, pues, yo á la caza, pero ni un pájaro... ni siquiera un seco papagayo. Vuelvo á casa un poco triste quejándome á Nuestra Señora del Sagrado Corazón.

—Buena Madre, le decía, si fuera para mí no os diría nada; pero es para estos pobres Hermanos que son vuestros hijos.

Lo comprendió nuestra buena Madre. La misma tarde una bandada de papagayos pasó cerca de nuestra casa y dos de ellos quedaron muertos.

Algunos días después, antes del restablecimiento de los Hermanos, volvió á cogerme la fiebre. Fué esto un verdadero espectáculo. Hice una grande taza de tila, la puse en medio de la choza, y alabando á Dios, por todo, nos metimos todos tres en la cama. Digo en la cama, debería decir entre el forraje, pues todavía no habíamos podido proporcionarnos el lujo de una cama. Nos su-

cedió varias veces encontrarnos así todos tres al mismo tiempo, y entonces nada de puchero...

—El sistema es muy económico, decía un Hermano, pero es demasiado enflaquecedor.

Y era verdad, pero el sagrado Corazón no permitió que eso nos sucediese con frecuencia. La mayor parte del tiempo uno de entre nosotros estaba levantado y podía servir á sus hermanos.

Pero ¿qué decir de la Isla Julia? ¿Está expuesta á la fiebre? Algo, creo, como todas las costas no ocupadas todavía por la civilización y agricultura regular. Pero no importa. ¿Habíamos de ser nosotros los solos en volver atrás ante esta mezquina dificultad que desaparece después de un año de permanencia? Además todos convienen en que Julia es respecto de esto la mejor parte de la costa de Nueva Guinea. Hay, sí, al Este y al Sudeste de la isla una laguna donde el agua del mar está estancada, y cuando el mar decrece exhala principios febriles. Hay también al Oeste un ancho banco de coral que se dice exhala también cuando está descubierto miasmas de malaria. Pero en verdad la isla es sana; todos sus valles están inclinados hacia el mar, y por mi parte estoy bien seguro de que nuestro trabajo forzado y prolongado al sol y nuestros pocos alimentos han intervenido más en nuestra enfermedad que el banco de coral y las lagunas.

Sin embargo, con el segundo mes se acabó el resto de nuestras provisiones. En adelante nada teníamos de nuestros alimentos europeos. Fué preciso acomodarse á lo salvaje. Bananas por la mañana, bananas y patatas á mediodía, bananas también por la noche, y ojalá que esto hubiera podido continuar así, pero los objetos de comercio que nos servían de moneda se acabaron también, y no dando los salvajes nada sin pagar, las mismas bananas vinieron á ser preciosas y raras. No obstante, el sagrado Corazón tuvo piedad de nosotros, y por este tiempo, cuando todo nos faltaba, nuestra salud se restableció un poco. Dos de entre nosotros podían entonces trabajar, el más débil guardaba la casa y hacía el aseo. Nos fué preciso pensar entonces en otra obra indispensable. Los caminos estaban hechos, la madera cortada y transportada; quedaba por hacer un pozo. Solamente después de haber hecho este pozo podíamos construir la casa y poseer en ella por fin á Nuestro Señor en medio de nosotros. Escogimos un lugar donde se unían tres vallecitos.

—Ahondemos aquí, dijimos, y Dios nos dará agua.

Nuestros salvajes no comprendieron el pozo al principio mejor que el camino con vueltas. Se reían viéndonos hacer este hoyo profundo:

—¿Qué quieres hacer, misionero?

—Quiero tener agua.

—¡Pero si no hay aquí!

—Aquí no, pero debajo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie, pero ya verás.

Mas ellos meneaban la cabeza, y nos miraban trabajando. Se ahondó durante una semana, al principio se pasó una capa de tierra laborable que tenía casi un metro; después fué preciso pasar una capa de arcilla de cuatro á cinco metros; á la arcilla seguía la arena y con esta nueva capa una agua excelente. Cuando los salvajes la vieron salir con bastante fuerza, se miraban estupefactos los unos á los otros.

—El misionero ve lejos, decían.

(1) Simple embarcación de pesca puesta gratuitamente al servicio de los misioneros durante algunos meses solamente, mientras que puedan adquirir un navío dedicado exclusivamente al servicio de la Misión. ¡Ojalá la caridad de nuestros lectores pueda contribuir á ello!



Y yo les explicaba entonces los motivos que me habían movido á cavar allí y no en otra parte. Si comprendieron ó no, lo cierto es que quieren más hacer un largo viaje para tener agua, que cavar para hacer un pozo tan hondo. El agua es abundante y buena. Dimos gracias á Nuestra Señora del Sagrado Corazon, y de este día en adelante habíamos ganado mucho en el espíritu de los salvajes.

Después del pozo llegó su vez á la casa. Los salvajes nos ayudaron algo, pero como jamás habían visto tan grandes edificios, hacían todavía objeciones.

Aquí el buen Maestro nos esperaba de nuevo. La enfermedad volvió á comenzar, y esta vez permanece en nuestra pobre choza. Habíamos trabajado demasiado, y no sin gran pena pudimos continuar poco á poco las obras. Con frecuencia tenía que trabajar yo solo, pues los Hermanos estaban muy débiles por causa de la fiebre. Subía por la mañana á las ocho poco más ó menos: llegado á la cima de la famosa colina miraba el mar tan lejos como mi vista podía alcanzar, pero el socorro no llegaba. Á eso de mediodía enarbolaban los Hermanos una bandera blanca. Era la señal convenida, y yo bajaba para volver á subir después y permanecer allí hasta las seis de la tarde. Bajando un día de la colina estaba muy afligido; pensaba en el Rdo. P. Navarro, que sin duda trabajaba con todas sus fuerzas en Thursday, sin poder socorrernos. Ha hecho tanto el diablo, me decía yo á mí mismo, para estorbar nuestra partida, de suerte que engañado en sus esperanzas ha podido tomar la resolución de hacernos morir de hambre. Eso sucedía en efecto, como le diré después. Estaba ocupado en estos pensamientos cuando dirigiendo una mirada hacia el mar ví sobre el horizonte una vela blanca. Las lágrimas me vinieron á los ojos; mi emoción era grande é iba á hincarme de rodillas para dar gracias á Nuestra Señora del Sagrado Corazon, cuando mirando mejor á esta vela que se acercaba cada vez más pude distinguir al *Ellangowan*, velero de los misioneros protestantes. Fuí, sin embargo, á casa, y á su entrada en el puerto le hice con nuestra bandera las señas ordinarias de saludo deseando ir á bordo para darles cartas para el Rdo. P. Navarro. Mas ¡ay! este último consuelo nos fué negado; el *Ellangowan* no se detuvo. Caminando correspondió con el tacher protestante que había llegado con su barca, en seguida cambió de dirección y algunos momentos después desapareció.

Viendo que llegaba el 15 de agosto, resolvimos hacer una novena para alcanzar de nuestra buena Madre algún socorro; mas el cielo había resuelto probarnos aún. El 14 vino á decirme el Hermano cocinero:

—Padre, ya no hay nada que comer, absolutamente nada para esta tarde y para mañana.

—¿Cómo es eso? le dije. Hace pocos días que hemos comprado patatas dulces.

—Es verdad, Padre, pero ya no quedan más que tres, y después se podrá barrer la casa. Dios sea bendito, puesto que nos encontramos en casos desesperados es cosa suya.

Dije entonces al H. Salvatore:

—Rezad una *Ave María*; cortad algunas cabezas de clavos, puesto que ya no hay perdigones, é id á cazar. Por mi parte yo iré al pueblo, y espero traer algunas frutas. Caminando rogué á Nuestra Señora del Sagrado Corazon que no nos dejase sin socorro. Todos fuimos atendidos. El Hermano volvió con una gallina y

un papagayo, y yo con un saquito de patatas. Dimos gracias á nuestra amada Bienhechora, y el día siguiente hicimos gran fiesta.

Cuántas veces, reverendo Padre, Dios nuestro Señor nos socorrió precisamente en el último momento; cuando estábamos todos enfermos sucedía con frecuencia que los salvajes nos traían por ellos mismos cosas de que teníamos gran necesidad. Un día estábamos todos en cama, viene un fuerte viento que arrancó en un instante el tejado de nuestra casa, de suerte que estábamos como en la calle. ¿Qué hacer? ninguno de entre nosotros tenía fuerza para reparar el daño: rogamos algunos instantes, y pronto los salvajes, sin haber sido avisados, llegaron con grandes paquetes de hojas de banano que venían á vender por un poco de tabaco. Dando gracias al sagrado Corazon de Jesús lo compré, y doblando el precio les hice reparar en una hora nuestro tejado. Nos vino perfectamente, porque la noche siguiente cayó una fuerte lluvia que nos hubiera hecho mucho mal en el estado en que nos encontrábamos.

En fin el 23 de agosto, fiesta del Inmaculado Corazon de María, viendo que nuestra embarcación tardaba en llegar resolví ir á comprar provisiones para un mes. Pero aquí se presentaban dos dificultades. Nosotros no teníamos barca y nuestro dinero se había acabado; además nuestros vestidos estaban destrozados: el H. Nicolás que debía acompañarme tenía calzada una cosa que en otro tiempo fué un par de zapatos; se veían sus rodillas al través de sus pantalones, y su sombrero no tenía forma ni color. Yo estaba poco más o menos en el mismo estado. En cuanto á la barca, la dificultad era mayor. Había yo comprado una vieja piragua, pero el jefe Rauma, que me la había vendido, me dejaba la propiedad y se reservaba el uso, y precisamente en este momento, en que yo tenía tan gran necesidad, había tomado la barca sin permiso y se había ido con toda su familia á celebrar una fiesta. Cuando estuvo de vuelta le hice un sermón muy corto, pero expresivo. Se fué cabizbajo; quise entonces aprovechar su falta y le pedí tres hombres para acompañarme; se hizo el trato, y sólo pensábamos en prepararnos: hicimos como pudimos para remendar nuestros vestidos y pensamos en preparar nuestra moneda, es decir, los diversos objetos que queríamos dar para alcanzar lo que deseábamos. Tuvímos que tomar nuestras cosas particulares; primero una hacha, la sola buena que nos quedaba; segundo, una de nuestras camisas; tercero, dos cuchillos; cuarto, un espejo; quinto, en fin, tabaco y algunas cerillas. Con esto esperábamos comprar un cerdo, bananas, cocos y taros.

Al día siguiente de mi entrevista con Rauma estábamos prontos, pero nuestros salvajes no. El lunes Tooro estaba fuera: el martes Aici no estaba allí; el miércoles Rauma estaba enfermo. ¿Qué hacer? me pongo serio, y anuncio que me voy al pueblo á buscar otros hombres. El medio era infalible; todo el mundo estuvo pronto; el día siguiente jueves salimos á eso de las siete de la mañana; el tiempo estaba hermoso y la mar tranquila, pensaba llegar hacia el mediodía á lo más tardar, pero el tiempo es nada para los salvajes. Por no tener el trabajo de remar, pues prefieren empujar con un largo palo, en lugar de ir directamente al fondo del puerto donde desemboca el río que debíamos subir, remaron por la orilla para pasar la entrada del puerto; después siguieron la costa de Hall-Sound. Esto era nuestra desesperación.



El pueblo de Bioto donde íbamos no estaba distante sino cinco ó seis kilómetros. Tuvimos, pues, que recorrer doce por causa del sistema adoptado.

No sé, muy reverendo Padre, si V. R. conoce las piraguas de nuestros salvajes: figúrese V. R. un grueso tronco de árbol aguzado por las puntas y acanalado de manera que no tenga más que una ó dos pulgadas de gruesa la madera. Sobre este tronco están colocados transversalmente palos que sobresalen mucho más á la derecha que á la izquierda y sobre estos palos está colocada una tarima de bambú. Hay, pues, dos plataformas, una á la izquierda que no tiene más de 50 centímetros donde se colocan los remeros y la otra en la derecha que tiene á lo menos un metro cincuenta. Allí es donde uno se sienta y se colocan los equipajes.

Á los palos del costado derecho está suspendida una pequeña biga sin ahuecar que sirve de balanza. Mediante ella puede uno estar sobre la gran plataforma sin caerse; á la izquierda están los remeros que reman todos del mismo costado y por detrás está un salvaje que dirige con un remo. De vez en cuando un chico con una cáscara de coco saca el agua que entra en la barca. Cuando el viento es favorable ponen dos palos en la barca en forma de V y entre estos dos palos adaptan una estera.

Con este atavío emprendimos la subida del río Tilda, hasta el pueblo de Bioto; cinco horas hacia que habíamos salido y todavía no habíamos llegado al otro lado de la bahía, pero por otra parte podíamos vanagloriarnos de que conocíamos todas las sinuosidades del puerto. Instantáneamente Rauma manifiesta que está muy enfermo y que es incapaz de ir más lejos. Nos vimos entonces obligados á entrar en una pequeña corriente de agua que conduce á la casa de Abia, amigo suyo; bajó él y nosotros continuamos nuestro viaje. Una hora despues llegábamos á la grande y única desembocadura de los dos ríos Tilda y Ethel, que es á lo menos de cien metros de ancho. ¡Qué espléndido espectáculo! Las aguas tranquilas, las dos orillas perfectamente pobladas de árboles y como perfumadas; mil pájaros diversos con los más brillantes colores cantaban pasando sobre nuestras cabezas; peces por miles y también cocodrilos de todas dimensiones nos veían pasar; atravesamos esta desembocadura y apenas caminamos como dos ó trescientos metros cuando nuestros salvajes señalándonos al Ethel River á nuestra derecha:

—*Nieura, Epa taiara*, nos dijeron ellos, es decir, hé aquí el camino para los pueblos de Nieura, Epa.

Despues señalando el río de la izquierda que tendrá más de cincuenta metros de ancho:

—*Biota taiara*. Hé aquí el camino de Bioto.

Teníamos en efecto, á nuestra izquierda el Tilda River, que los naturales llaman Bioto, del nombre del pueblo mismo á donde íbamos.

Despues de muchas vueltas y revueltas el río se hace ancho como uno de los más grandes y se bifurca en dos direcciones diferentes. El brazo de la derecha conduce á Naiabui; le dejamos prometiéndonos hacer á él en otra ocasion una excursion. El otro brazo conduce á Bioto: ese tomamos teniendo mucho cuidado con sostener el esquife en medio del río porque la marea bajaba. La corriente nos era contraria y los árboles caídos en el río de las dos orillas comenzaban á verse sobre el agua. En Europa el primero que encontrase á uno de estos árboles sobre un río tan frecuentado, le habría

cortado con su hacha ó de otra manera. Aquí no. Cada uno para sí. Si yo no puedo pasar por la marea baja, pasaré por la alta; esperaré, y con tal que yo pase, que los otros se arreglen: pronto tuvimos pruebas de esto.

A los primeros árboles que nos interceptaron el paso, nuestros salvajes bajaban sobre esos troncos y hacían resbalar la piragua del otro lado, pero se fatigaron pronto de esta maniobra; y tanto más, cuanto que temían dejar alguna pierna entre los dientes de los cocodrilos. Llegados á un kilómetro de Bioto nos detuvimos entre dos árboles: eran las cinco de la tarde. Los salvajes hubieran querido detenerse allí cerca de seis horas para esperar la marea alta; pero como tenían hambre les resolvimos fácilmente á tomar el camino de tierra. Dos de entre ellos fueron en exploracion y volvieron con bananas. Era decirnos: el pueblo no está lejos. Nos llevaron, pues, á tierra y nos dirigimos á él como pudimos por entre las hierbas, mucho más altas que nosotros y las viejas plantaciones de bananos.

Media hora despues apareció el pueblo al otro lado del río. Se hizo alto; nuestros salvajes se sentaron; tomaron un coco, mondaron la corteza con una concha y se untaron todo el cuerpo, ayudándose los unos á los otros. Ellos mostraron en seguida todos sus adornos y su toilette se terminó. Se avanzó entonces en buen orden, se pasó de nuevo el río, y sin decir palabra, nuestra caravana hizo su entrada en el pueblo. Unas treinta casas bien construidas en dos filas, una ancha calle y bien arenada en medio, las dos extremidades de la calle cerradas con monumentos especiales que llamaban á primera vista nuestra atencion; tal es el pueblo de Bioto. En uno de esos edificios, muy diferentes de las casas particulares, vimos una reunion de ancianos.

Nos dirigimos á ese edificio en silencio: ayudados de pies y manos llegamos hasta el grupo que había llamado nuestra atencion:

—Amigos, dijeron nuestros hombres sentándose, nosotros somos vuestros amigos; ese blanco es el misionero.

Yo me senté entonces con gravedad y saludé á todos esos ancianos, preguntándoles su nombre y dándoles tabaco, perlas, etc. Entonces se entabló la conversacion. Yo estaba en la *Marca*, ó casa de recepcion, en donde todos los extranjeros tienen derecho de entrar, dormir y ser alimentados.

Todo el pueblo estaba allí. Los hombres en la *Marca*, los niños en las escaleras y las mujeres en la plaza. Despues de haber dado gracias á todo el mundo, y dicho cuán felices éramos de ver á los naturales de Bioto, y que nos parecia muy bello su pueblo, comencé á darles á conocer el objeto de mi viaje, y sobre todo, repetía con frecuencia y con énfasis mis *tarifs*, es decir, los diversos objetos que proponía dar por lo que pedía. Mas, hé aquí que en el momento en que menos lo esperaba, nos trajeron los presentes de bienvenida. Cinco grandes platos llenos de todo lo que los salvajes tienen por más delicado. Hice como que estaba encantado de la cosa, porque nos hacían el presente de los jefes. Gusté un poco de todo y pasé lo demás á mis remeros, que se contentaron mucho, y en algunos instantes lo hicieron desaparecer todo. Al volver la vajilla, puse en cada plato un poco de tabaco; me tuvieron por muy atento, y los hombres y las mujeres expresaron su admiracion con fuertes castañeteos de lengua.

Hubiera deseado hacer los cambios inmediatamente



y salir por la noche durante la marea alta, pero los salvajes nunca tienen prisa, y tuve que resignarme á pasar la noche en Bioto.

Frente á la casa habian encendido un gran fuego para espantar á los mosquitos; pero el humo llegó á ser insoportable, y nuestros pobres ojos, novicios aún para este género de atmósfera, vertian á pesar nuestro muchas lágrimas. Se apercibieron de ello los salvajes é hicieron poner el fuego al lado. De improviso, sobre las nueve, cuando la conversacion estaba muy animada, se terminó como por encanto. Una mujer llegada de Niaura hablaba sola en alta voz, como para ser oída de todo el pueblo. Anunciaba la muerte de un habitante de Niaura y daba de ella todos los pormenores. Un silencio mezclado de horror siguió al discurso de la mujer. Me admiró la impresion que hace sobre los habitantes de los bosques la nueva de una muerte. Procuré entonces tomar algunos informes respecto de sus creencias sobre Dios, el alma, la vida futura, etc.: pero no he podido saber nada de cierto. Le hablaré de ello al fin de esta carta. Eran sobre las diez cuando los salvajes comenzaron á retirarse los unos despues de los otros: se puso en silencio todo el pueblo; nosotros extendimos nuestras mantas para dormir, pero la noche fué larga, pues los mosquitos, el humo, y quizás tambien los palos, sobre los cuales estábamos acostados, nos impidieron dormir lo mismo que en nuestra casa, y con verdadero gozo ví salir el sol. Durante la noche habia hecho yo solo una visita al pueblo. Los fuegos estaban apagados; pude ir por todas partes; me chocó una casa elevada sobre columnas de diez á doce metros. Al día siguiente pregunté por su destino, no me quisieron contestar. Hay allí alguna cosa misteriosa; sospecho sea un templo ó cosa parecida.

A eso de las siete el rio estaba crecido por causa de la alta marea que se hacia sensible hasta allí. Quise partir, pero todavía no habia obtenido cosa alguna: los salvajes habian enviado las mujeres á las plantaciones para buscar lo que yo deseaba, pero yo no sabia nada; y además, lo que yo pedia sobre todo era un poco de carne para los dos hermanos Nicolás y Salvatore, un cerdo, por consiguiente, grande ó pequeño. Yo no queria partir sin un individuo de esta especie.

Recorrí entonces á una astucia: la enumeracion de los objetos que se quieren dar les tienta mucho, pero los mismos objetos los conmueven más. Hice, pues, en la *Marca* una exposicion, como en un bazar, de todo lo que yo habia llevado. Entonces todo el mundo se puso en movimiento. Iban y venian, corrian por todas partes. Los hombres miraban el hacha; las mujeres las perlas y el espejo; los jóvenes alababan el tabaco y los cuchillos; en fin, el entusiasmo fué tal, que en menos de media hora, el cerdo, las bananas, los taros, los yams y los cocos estaban cargados en la piragua y podíamos partir. La despedida fué larga: las mujeres se retiraron rogándome que no me olvidase de volver; los hombres quisieron todos recibir del misionero un apretón de manos, y tambien los niños. Les hice el regalo de la partida, un pedazo de tabaco á cada uno, y al recibirlo me decian:

—Vuelve pronto, misionero, no olvides á Bioto; al punto que tengas una barca blanca, vuelve á Bioto y trae mucho tabaco, muchas camisas, muchas hachas, muchos espejos y todo lo encontrarás en los naturales de Bioto.

Les prometí con mucho gusto de ellos volver y aún establecernos en algun tiempo entre ellos. Nos dirigimos lentamente hácia la barca; allí nuevos saludos, nuevas instancias y nuevas promesas. Algunos de ellos quisieron acompañarnos por el rio; nos dejaron por fin y bajamos aprisa con la marea que bajaba tambien.

No obstante el regreso fué muy largo: llegados al golfo tuvimos que pensar en el viejo Rauma, que habíamos dejado en casa de Abia en Roro-Baiarara. Nos hizo esperar mucho para venir á decirnos que estando todavía enfermo no podia partir, y que por consiguiente, teníamos que esperar allí su restablecimiento; pero yo no estaba por eso: hice comprender á Rauma que, aunque era jefe, cometia una grave falta disponiendo á su gusto del misionero, y que estaba decidido á partir sin él. El volvió entonces á casa de Abia para buscar su saco; despues me mandó á decir que ya no queria partir. Entonces obligué á mis hombres á echar mano á los remos y cinco minutos despues estábamos en alta mar. Se puso mi manta de viaje por vela, y á eso de las ocho de la tarde llegábamos á Toro, dando gracias á Nuestra Señora del Sagrado Corazon por los favores de la jornada.

Eran las ocho cuando llegamos á casa. El H. Salvatore no nos esperaba ya; comprendió, sin embargo, nuestras señales y llegó con una tropa de salvajes, quienes en un abrir y cerrar de ojos llevaron todas las provisiones á nuestra casa. Habia que pagar á los remeros, y como habia estado muy descontento de ellos, se lo hice sentir, y despues fueron nuestros más fieles amigos. Cuando estos pobres salvajes han cometido alguna falta respecto de nosotros es casi una cosa buena para nosotros, porque en adelante procuran hacer olvidar su falta, cumpliendo las cosas que más les repugnan. Puede aprovecharse de esto para su bien y para el de la Mision. Teníamos, pues, provisiones para un mes: esta idea fué para mí un gran alivio; pero para no encontrarnos desprovistos en adelante, comenzamos un *triduo*, despues una *novena* debiendo terminar para la fiesta del 8 de setiembre. Tanto deseábamos tener noticias de Thursday, que todos los días mirábamos al mar, y ayudándonos la imaginacion, tomábamos las piraguas por navíos. Sin embargo, la salud de nuestros Hermanos no se restablecia; y yo me veia obligado á continuar solo los trabajos en nuestra nueva casa. El 4 de setiembre por la tarde acabé una ala del eficio, me propuse cubrirla los días siguientes é inaugurarla el 8, día de la Natividad de Nuestra Señora; pero Dios no fué en esto de nuestro parecer; habia resuelto otra cosa. A eso de las cuatro de la tarde ví una gran vela en el horizonte: era el *Ellangowan*, la embarcacion de la mision protestante; pero ¡oh sorpresa! esta vez entra en el puerto y viene á anclar bajo nuestra misma casa. En fin, decia yo, hay alguna cosa para nosotros. Nos traen á lo menos cartas. Las traian en efecto, pero no de Thursday: corro al mar, tomo tres salvajes en nuestra piragua, y me dirijo hácia el velero. Apenas me encontraba en la mitad del camino, cuando ví á una chalupa separarse de bordo y bogar hácia nosotros. Hice alto; el caballero que venia en la chalupa dió á conocer entonces sus títulos de embajador y secretario de su excelencia el general Scratchlez, gobernador de las colonias inglesas de Nueva Guinea. Dije entonces al señor secretario que tuviera la bondad de seguir la piragua, y le conduje á tierra á través de las rocas y de los bancos de corales. Apenas bajamos exclamó:



—Buenos días, P. Navarro.

—No tengo el honor de ser el que V. supone, le contesté; yo soy aquí solamente el representante del P. Navarro.

El capitán Musgrave, así se llamaba el Secretario, me entregó una carta del General, cuyo contenido era así: «Mando al capitán Musgrave con plenos poderes para tratar con V. el negocio de su establecimiento en Nueva Guinea.»

—Por lo cual, continuó el capitán Musgrave, le aconsejo suspenda sus trabajos en Julia y aproveche la oferta de Su Excelencia que le propone vaya á establecerse á la costa S. E. de Nueva Guinea, ó mejor todavía en las Lusiades, donde no hay Mision alguna protestante, para cuyo efecto el General pondrá en diciembre á su disposicion un steamer para ir á visitar las costas y escoger su puesto. Cuando ya haya hecho su eleccion, el steamer volverá á buscarle á V. y sus equipajes en el próximo mes de marzo.

Naturalmente, M. R. P., á tales proposiciones, que con gran sorpresa mia parecian echar por tierra todo lo que yo habia hecho, declaré al punto mi imposibilidad de dar una contestacion.

—Únicamente el P. Navarro puede contestarle; yo no puedo absolutamente nada sin él; solamente le diré que el abandono de la Isla Julia será para nosotros un gran sacrificio.

Conversando enseñé al capitán Musgrave todos los trabajos emprendidos por la Mision, los caminos, el pozo, las diversas casas, etc. Yo le expuse como mejor pude las razones de nuestro establecimiento en Julia con intento de extendernos hácia el interior y no en la costa.

—Enviándome aquí el Rdo. P. Navarro, le dije yo, ignoraba absolutamente la presencia de un *teacher* sobre la costa. Desea hacer aquí, á causa de la salubridad de la isla, algunos establecimientos, escuelas, orfelinatos, etc., los que servirán mucho para la futura civilizacion de Nueva Guinea.

El señor capitán Musgrave se portó con cortesía y benevolencia, lo comprendió todo, pero por sus palabras me pareció que consideraba nuestra partida como un negocio ya hecho, y tenia miras secretas sobre la misma Julia. Despues de haber rogado mucho á Nuestra Señora del Sagrado Corazon, pedí poder ir á Port-Moresby; era mi intencion abastecerme allí de algunas provisiones, porque nos faltaban otra vez, hablar á S. E., escribir al P. Navarro, y volver á Julia á esperar su contestacion; pero el señor secretario no consintió en mi viaje á Port-Moresby, y todos mis planes fueron trastornados.

¿Qué hacer? Veía el fondo de todo el negocio; el Gobernador teme que nuestro contacto inmediato con las Misiones protestantes lleguen á suscitarle algunas dificultades; resistiendo al general temia obrar contra las intenciones del P. Navarro; por otra parte tenia enfermos á los dos Hermanos y carecia absolutamente de provisiones. Pedí, pues, ya que no podia ir á Port-Moresby, el poder comunicar con el Rdo. P. Navarro para hablar con él de todos estos negocios.

—Está muy bien, dijo entonces el secretario, consintiendo por fin á mi deseo; procuraré proveer en eso, espero mandarle dentro de diez dias una pequeña embarcacion que le conducirá á Port-Moresby.

Durante la conversacion llegó á hablarse del hospital y de las Hermanas.

—¿Tambien tienen Hermanas?

—Sí, señor capitán, y esperamos que con el tiempo vendrán á Thursday, despues aquí mismo para dirigir nuestros hospitales y orfelinatos.

—¿Mas no podrán mandar tambien alguna á Port-Moresby?

—Sin duda, como es nuestra intencion cuando nos establezcamos allí. Hasta ahora no hemos querido ir á Port-Moresby, y hemos venido aquí por no eclipsar á esos señores, pero más tarde, cuando haya allí católicos, preciso será que vayamos.

El Sr. Musgrave me preguntó entonces si habia enarbolado la bandera francesa, y diciéndole *que no*, pareció quedar satisfecho. La conclusion de esta entrevista fué que yo iria á Port-Moresby, y de allí, si despues de haber hablado á S. E. necesitaba ir Thursday, iria á dicho punto en una embarcacion de guerra que hace el servicio entre Nueva Guinea y Tornsville. Antes de separarnos, viendo el capitán Musgrave nuestra extrema indigencia, tuvo la amabilidad de hacernos entregar algunas provisiones, que fueron cedidas por el capitán del *Ellangowan*. Aunque teniendo partido el corazon, dí gracias como pude á esos señores, y nos separamos en buena amistad.

El Sr. Musgrave me habia dicho al separarse de mí:

Dentro de diez dias le mandaré á V. una pequeña embarcacion que le conducirá á Port-Moresby.

Pasaron los diez dias, y las provisiones que nos habian dado acabáronse tambien, y la embarcacion no llegó. ¿Cómo expresar á V. R. nuestra tristeza? No queríamos absolutamente salir; por otra parte una carta no podia enterar suficientemente al Rdo. P. Navarro: era preciso verle para decirle que convenia permanecer allí á toda costa, explicarle todas las ventajas de la posicion, y por fin saber cómo y por qué las provisiones no podian llegarnos.

El 16 de setiembre era la gran fiesta del rey de la Isla Rabao ó Lavao. Era el gran Marrarou, lo que equivale para nuestros salvajes á danzas y banquetes.

Invitados por todo el pueblo creimos no poder negarnos. Estas fiestas son para el misionero una ocasion favorable para predicar y darse á conocer, porque el Marrarou lleva siempre numerosas diputaciones de los pueblos circunvecinos. Hablé mucho tiempo con los salvajes de fuera de la isla. Habia algunos de Motumotu, pueblo el más apartado de la parte del Norte: es el confin de los conocimientos geográficos de nuestros salvajes. Habia tambien del centro y aun de las mismas montañas. Todos vinieron á verme ántes de la fiesta y se alegraron mucho al saber que yo asistiria á ella. Me rogaron sobre todo que no me olvidase de llevar tabaco para los danzantes.

Con esta clase de visitas y fiestas he llegado á conocer la existencia de más de veinte y cinco pueblos en un radio de ocho á diez leguas. Todos me suplicaron al partir que les fuese á visitar; es esto una verdadera providencia. Más tarde, cuando Dios nos permita en fin penetrar en el interior, seremos ya conocidos. Todos nos quieren, todos hablan la misma lengua, ¿no hay en eso con que tentar á nuestro celo?

Habia, pues, preparado un pequeño y sencillísimo discurso que queria pronunciar por la noche despues de la fiesta, porque entre las danzas varios oradores toman la palabra. Dicen que los cocos son buenos, que las hachas de hierro cortan mejor que las de piedra, que los habitantes de tal ó cual pueblo son sus amigos, y los de



tales otros, sus enemigos. Yo les hubiera dicho el objeto de nuestra venida, el bien que queremos hacerles, etc. Iba ya á ponerse el sol; esta era la hora designada; ya los niños adornados y perfumados á su modo danzaban delante de nosotros: nos habían hecho la ofrenda de costumbre, cocos, bananas, etc., y habíamos contestado con una abundante distribución de tabaco. Los hombres se pintaban con tinta, ocre amarillo y aceite de coco, las mujeres llevaban todos sus adornos de fiesta, aves del Paraíso, crestas de papagayo, collares blancos y negros, cuando al improviso un salvaje nos anuncia que el *Ellangowan* está á la vista. Hice entonces un regalo al rey, le expliqué las razones que tenía para irme y que sentía no poder asistir á su fiesta y me dirigí al puerto. El *Ellangowan* llegó antes que nosotros. El capitán me

decencia; los hermanos estaban demasiado enfermos para eso, y además sobre todo la principal cuestión era que no teníamos absolutamente víveres ni aún con que comprar frutos á los indígenas.

No pudiendo contentarme con escribir pensé entonces ir solo á Thursday y dejar á los Hermanos en Julia; pero éstos eran inexpertos y estaban muy enfermos y no sabía yo cuándo podría volver. El retraso del *Gordon* me hacía sospechar mil dificultades para mi vuelta. Además en este caso hubiera sido preciso dejar á los Hermanos provisiones, y el capitán del *Ellangowan* declaraba que no podía ceder nada. No podía yo, pues, permanecer y contentarme con escribir; no podía dejar solos á los Hermanos, ni enviar á los Hermanos y permanecer solo: conclusion forzada y bien penosa fué ir



NIGER. — Ceremonia de casamiento en Aporin. (Pág. 232).

entregó una carta para el P. Navarro y además un memorandum exponiendo al padre Navarro la situación de las cosas. Había también una carta para mí anunciándome que el *Ellangowan* estaba á mi disposición para ir, no á Port-Moresby como habíamos convenido y como yo hubiera deseado, sino directamente á Thursday Island. Esto cambiaba completamente el aspecto de las cosas, pero dejándome en las mismas perplejidades y en la misma necesidad de ver al P. Navarro.

Hubiera deseado ardientemente combatir y permanecer en Julia á pesar de todo; esto era lo que á primera vista me parecía ser mi deber. Pero escribir solamente al P. Navarro era completamente insuficiente en estas circunstancias y además los trabajos estaban suspendidos; debía, pues, prolongar mi residencia en esta pobre choza sin poder en mucho tiempo alojarme con más

á Thursday con el personal y el equipaje, confiando la casa y lo que dejaba al mismo rey Rabao que la tomó bajo su protección, mediante una hacha y tabaco que le daré á mi vuelta próxima si todo está intacto y completo.

El 15 de setiembre por la mañana todo estaba pronto, hicimos á nuestra amada isla una visita para despedirnos de ella y de toda nuestra gente, y embarcamos algunas cajas. A eso de las dos entramos en la barca que debía conducirnos al *Ellangowan*. ¡Qué penosa embajada! decía yo en mi interior; si á lo menos tuviese algunas provisiones podría dejar aquí á alguno. Pero ¡imposible! ¡que el Sagrado Corazón nos ayude! Me vinieron las lágrimas á los ojos al bajar al puerto. Los salvajes se habían reunido y lloraban, de suerte que hasta los marineros se conmovieron. Esas pobres gentes, decían ellos, conocen quiénes son sus verdaderos amigos.



—Misionero, decían los pobres salvajes apretándome la mano, ¿por qué te vas de Rooro? Y todos nos hacían prometerles que volveríamos pronto. En fin, la barca se separó de la costa, pero ellos no quisieron todavía dejarnos; nos siguieron por el agua dirigiendo ellos mismos la barca.

—Vuelve, misionero, vuelve pronto á tus hijos de Rooro. Vuelve pronto, te lo suplico, gritaba el viejo Rauma derramando lágrimas, vuelve pronto, estoy triste por tu partida y quiero volverte á ver.

Las mujeres y los niños lloraban á gritos, los hombres, esos hombres tan insensibles, dejaban correr en silencio de sus ojos muchas lágrimas que me causaban dolor. Después, cuando obligados por el agua no pudieron seguirnos, nos gritaban todavía desde lejos:

table vómito nos asaltó con más fuerza que nunca; los dos Hermanos sobre todo estaban más muertos que vivos. No faltaba más ahora, me decía yo al partir, que encontrásemos el *Gordon* en el camino. Eso sucedió en efecto. Dos días más, todos estos trabajos hubieran sido evitados. Hágase la voluntad de Dios. El día 16 á eso del medio día ví una vela al horizonte: la embarcación venía hacia nosotros; se mira el mapa: el lugar es demasiado profundo, dice el capitán: esta embarcación no está allí para pescar, va á Nueva Guinea. Rogué entonces que dirigiesen el barco hacia la izquierda. Se hizo así y después de algunas maniobras pudimos comunicar.

—¿Dónde vais? dijo el capitán.

—A Julia Island, respondieron los manilenses. Pero el capitán comprendió Murray, y dijo:



NIGER.—Los misioneros y los niños de Ilorin. (Pág. 232).

—Vuelve, misionero, vuelve, no olvides á los hijos de Rooro.

Estas fueron las últimas palabras que pude oír, y permanecieron allí haciéndonos todavía con la mano sus señales de adiós. Figúrese V. R. si estaríamos conmovidos. Esos pobres salvajes con agua hasta la cintura, la isla, esta tan amada isla, que se alejaba y nuestra pobre choza que veíamos en lo alto como sumida también en el dolor; todo esto nos embargó de tal manera el corazón y el entendimiento que apenas nos apercebimos del embarque en el *Ellangowan*. Se levaron áncoras algunos instantes después y pronto fué preciso dar el último adiós á nuestra tierra prometida. Despedida provisional sin duda, que será, lo espero, pronto seguida del gozo de la vuelta.

El viaje fué penoso más que los otros, pues el inevi-

—Está muy bien, sigan su camino, y él se dirigió de nuevo hacia Thursday.

Pero yo que había muy bien oído y además había reconocido al *Gordon* y á Pedro nuestro capitán, protesté enérgicamente. Al capitán del *Ellangowan*, que creía haber oído bien, le chocó esto un poco, y sólo después de nuevas instancias consintió en acercarse por segunda vez, poniendo por condición que él hablaría el primero en inglés.

Se hizo así, y cuando el nuevo *Gordon* estuvo cerca de nosotros dijo el capitán:

—¿Dónde vais?

—A Julia Island, respondió entonces Pedro, que pudo conocerme; voy á llevar provisiones al Padre.

—Está muy bien. Hable Vd. ahora en español.

Yo dije entonces á Pedro que volviese atrás, y se fue.



se por la noche á parar á Darnley. No podíamos entendernos más. Yo me reservaba decirlo todo en Darnley, en donde, segun la intencion del capitán, debíamos pasar la noche. Por una parte, yo estaba satisfecho de este encuentro providencial, pues yo me proponía volver con el *Gordon* acabada mi entrevista. Yo deseaba tambien ver las cartas del Rdo. P. Navarro que hubieran podido modificar el estado actual de las cosas, pero nueva decepcion. El capitán del *Ellangowan* que me habia asegurado algunas horas antes que debia pasar la noche en Darnley y bajo cuya palabra habia dado mis órdenes á Pedro, cambió de resolucion y enarbolando la bandera de la Mision, dijo al *Gordon* que le siguiese: queria ir á parar más abajo, á York Island, pero Pedro no lo comprendió, se atuvo á mis palabras y se fué directamente á Darnley. Se pasó pues la noche en York donde permanece Mr. Moresby quien nos prestó el *Gordon* para nuestro primer viaje. Hubiera deseado poder hacerle una visita, pero fué imposible; mas él que nos habia reconocido con un anteojo se enfadó, y sólo más tarde pude excusarme con él y decirle cuánto habia sentido no poder desembarcar al pasar por allí.

Mientras tanto el *Gordon* estaba en Darnley y allí estaría todavía á pesar de las señales que se le hicieron por la noche con cohetes, si el hambre no le hubiese hecho volver una semana despues.

El día siguiente, 17, se levantaron áncoras de York Island y á eso de las siete de la tarde estábamos en Thursday. ¡Cómo explicar á V. R. la sorpresa del reverendo P. Navarro viéndonos llegar! Poco á poco se explicaba todo. Al principio estábamos tristes pero siempre perfectamente resignados; despues sin desalentarse se buscaban los medios de volver. ¿Pero qué habia pues sucedido al *Gordon*? Hélo aquí en pocas palabras: á la vuelta de su primer viaje á Nueva Guinea el *Gordon* debia volver á llevarnos las provisiones necesarias; á este fin hizo el P. Navarro todo lo posible; le cargó y quiso mandarle inmediatamente, pero como á nuestra primera partida se hicieron mil y mil dificultades.

Viendo esto el Rdo. Padre dijo á Pedro que saliese á pesar de todo, puesto que yo debia encontrarme necesitado; pero éste, no sé por qué, dilataba de día en día su partida. En fin, salió con el Hermano italiano Giuseppe de Santis, pero Dios no quiso darme este doble consuelo de ver llegar refuerzos y provisiones. Pedro, asustado un día por un viento más fuerte que de costumbre, ancló detrás de Long Islan. Mal le salió, pues su áncora se rompió no pudiendo resistir á la corriente y la embarcacion se estrelló contra las rocas. Por tres veces en una sola noche tropezó en escollos, y si no hubiera sido tan fuerte y no estuviere forrado de barras de cobre infaliblemente se hubiera deshecho. ¡Qué desgracia y qué pérdida! Nuestra Señora del Sagrado Corazon nos libró de ella. El viento rompió tambien una vela y con solas dos velas volvieron á Thursday.

El R. P. Navarro deploró la pérdida del áncora pero mucho más la del tiempo, se apresuró á reparar el *Gordon* y á ponerle una áncora nueva; pero para partir; nuevas dificultades más fuertes que nunca surgieron de parte de los extranjerios y los mismos marinos. Con todo esto, se llegó al 6 de setiembre; el 7 todo estaba pronto, pero los marinos quisieron pasar el 8 en el puerto. Al día siguiente no partieron tampoco, no sé por qué; pero el 10 se decidieron y partieron con permiso y todo lo necesario. Podian llegar todavía. Si no hu-

biesen perdido tiempo en el camino hubieran llegado á Julia el día mismo de nuestra salida, pero se detuvieron no sé dónde, y así á pesar de todos los esfuerzos del P. Navarro no pude tener el consuelo tan deseado de ver llegar al *Gordon*.

Hé aquí, muy Rdo. Padre, lo que vuestros hijos han procurado hacer por la gloria del Sagrado Corazon en Nueva Guinea. El demonio quiere poner obstáculos á nuestras obras: pero las pruebas son para nosotros las mejores garantías del porvenir.

Permítame ahora, M. R. P., antes de terminar, que le dé algunos pormenores más sobre la raza y las costumbres de nuestros amados salvajes, como tambien sobre el clima y los productos de Isla Julia.

Yo creo que todas las tribus de Hall-Sund, tan pacíficas y hospitalarias y que casi vienen á formar los veinte y cinco pueblos de que le he hablado, no son los verdaderos Papuas, suponiendo que tal raza exista, pues segun muchos viajeros, papuas significa negro y crespu-do, y estos habitantes son casi amarillos, mezcla de los papuas y malayos. Su tipo nada tiene de repugnante, antes al contrario, he tenido ocasion de observar á algunos de ellos que serian admirados en Europa: sus labios ni gruesos ni abollonados; su nariz, á veces recta ó aguileña, jamás es arremangada ó ancha; poco salientes los pómulos. Todo induce á creer que no es la raza *papua* con la que tratamos, antes bien con otra fuerte, numerosa, interesante de la cual ha dicho D'Albertis: «Es una nacion que mejor que otras responderia al llamamiento de cualquier país civilizado que le tendiera una mano fraternal.» Nosotros se la hemos tendido sin armas y llena de afecto, muchas veces la han besado, y á nuestra marcha la han regado con sus lágrimas. Y un día, quién sabe, menos lejano de lo que pensamos, ojalá así sea, comprenderán que el venir entre ellos lo hemos hecho para salvarlos, no para esclavizarlos, para hacerlos nuestros hermanos, no nuestros súbditos.

Estos gallardos indígenas no son guerreros: sus principales armas, la lanza (*perumca*) y el arco (*ihú*) las utilizan más bien en la pesca que en las artes de la guerra.

Cultivan con provecho las bananas, el taro, el yame y la caña de azúcar. La vegetacion espléndida que jamás pierde su verdor le da el aspecto de una primavera continua; los árboles bellísimos y algunos verdaderamente gigantescos; los más hermosos nos los representan el árbol del algodón, corpulento, derecho, regular, con lindas flores rojas, adquiere proporciones admirables; el árbol del pan (*artacarpus*), el cocotero, de reciente implantacion, el arekero, muy parecido á las palmeras, y finalmente, el majestuoso nipa que provee de hojas á los naturales, para hacer natas llamadas *piri*. A mí me parece que este nipa debe ser una clase de saguitero, pues lo mismo que con el sagú hacen los insulares con su médula las natas dichas.

Pasando á hablarle de los animales le diré que los cuadrúpedos tienen escasos representantes: únicamente he visto jabalíes, por otra parte muy abundantes, y perros que las mujeres cuidan con gran esmero para aprovechar sus dientes construyendo sus adornos. Las serpientes que he tenido ocasion de observar, alguna muy grande, me han parecido inofensivas. Mas los que he de mencionarle con particularidad á pesar de su pequeñez son los innumerables mosquitos que sin temor al humo en que se sepultan los salvajes huyendo de ellos, constituyen un verdadero suplicio de que únicamente pue-



de uno verse libre usando el petróleo. ¿Qué diré, para terminar, de las vistosas y pintadas variedades de pájaros? Inmensas bandadas de palomas de mil colores pueblan los aires, que al posarse entristecen con su plañidero arrullo y que haciéndoles traición son guía segura del diestro cazador. Pueblan también los bosques los faisanes negros y grises. Los loros de todas clases desde los graciosos loritos hasta la soberbia cataura nos aturden de continuo con su algarabía estridente. Abundan, finalmente, las pollas salvajes.

Mucho siento, mi reverendo Padre, no poder darle noticias exactas de la religión de mis salvajes. Su reserva en esta materia es excesiva y siempre orillan las preguntas sobre este asunto. Seguramente creen en Dios, pero seguramente se ocupan menos de Él que del diablo que consultan algunas veces. Por su veneración y respeto hacia los muertos puede deducirse creen en la existencia del alma; en mi corta permanencia no pudo alcanzar noticias ciertas sobre tal punto. Más tarde, Dios mediante, confío adquirir noticias más explícitas. Parecen, pues, equivocados algunos viajeros al afirmar carecen de religión estos pueblos. Está fuera de duda que consideran sagrados ciertos sitios y objetos, *bucu*, según ellos les llaman. De buen grado aprendían á hacer la señal de la cruz y unían á este acto una idea de religión. Muchas veces les he recordado su promesa diciéndoles: Jehovah ha oído tus palabras... El te ve.

El respetuoso silencio que guardaban cuando me veían celebrar el Sacrificio incruento ó recitar el santo breviario, prueba, al contrario, un gran fondo de religión. Bien es cierto que carecen, á simple vista, de un culto exterior organizado, mas no dejan por eso de ofrecer vivas dudas toda vez que en muchos pueblos hay edificios característicos y especiales cuyo destino se me ha ocultado. Creen fácilmente lo que uno puede explicarles de las verdades de nuestra santa Religión. La enseñanza del catecismo por imágenes es bajo todos conceptos la mejor de que puede echarse mano. El quid estriba en saber el lenguaje; conseguido esto, es ya uno su maestro; dichosamente es bien sencillo. He conseguido reunir hasta un millar de vocablos en un diccionario y con estas pocas palabras conseguía entenderme perfectamente. ¡Permita el Sagrado Corazón de Jesús que luzca pronto el día en que más numerosos y mejor instalados nosotros, podamos continuar esta empresa comenzada para su gloria!

Ved, pues, mi reverendo Padre, pintados á mis amados salvajes á quienes tantos representan con los más sombríos colores. Ellos son buenos, hospitalarios y agradecidos. Indudablemente adolecen de los defectos inherentes á su vida salvaje, mas siendo niños grandes mal educados, con un poco de paciencia podrán convertirse en fervientes cristianos. Ciertamente y por desgracia, si estas tribus no están civilizadas á estas horas, no es tan grande su culpa como la nuestra. Y no es menos cierto que si algunos crímenes, alguna muerte de blancos puede imputárseles, han sido motivados por la venganza. Que se examine bien el caso, y siempre se encontrará algún acto imperdonable por parte de los blancos, acto que casi todas las tribus bárbaras castigan de muerte, ni más ni menos que los que los hebreos castigaban en los benjamitas.

Concluyo, mi reverendísimo y venerable Padre superior: perdonadme si he sido demasiado extenso en gracia á mi deseo de haceros conocer un poco nuestra

querida Nueva-Guinea y el bien que se le puede hacer.

Dignaos aceptar esta intención, mi reverendo Padre, dignaos también bendecirme y permitirme que os ofrezca el homenaje de mi profunda veneración y del afecto filial más sincero.

## A TRAVÉS DE LOS PAISES DEL NIGER.

### X.



LAS cuatro de la mañana montamos á caballo y nos dirigimos á la ciudad de Isharé. Atravesamos un río y después un torrente impetuoso, y entre peñascos y rocas de granito que se encuentran en Abeokuta.

Atravesamos un riachuelo, cuya agua lechosa parece una disolución de jabón.

A las tres de la tarde entramos en la inmensa ciudad de Isharé que nunca había visto hombres blancos, y que es la transición entre el reino de Tapa y el Yoruba propiamente dicho. Los paganos y los maleses están separados por un canal profundo, sobre el cual se han echado sencillos puentes para unir las dos ciudades. Los mahometanos habitan la parte Oeste de la ciudad y edifican casas circulares, importación de Bida. Los paganos, más numerosos y más inteligentes, tienen inmensas cabañas con gran número de compartimientos á los lados.

Un año atrás esta ciudad contaba mas de 50,000 habitantes: una rivalidad perpétua existía entre la ciudad pagana y la malesa: esta última, no teniendo ni el derecho ni la fuerza, llamó en su ayuda á Lafiagi y Sambufun, pobladas enteramente por mahometanos. Estos no se hicieron de rogar y adelantáronse hacia Isharé. Advertidos á tiempo los paganos, emprendieron la fuga abandonando sus casas á merced de un enemigo fanático.

Los maleses pasaron á fuego el barrio de los paganos, pero á pesar de todo son éstos numerosos y están decididos á defender sus derechos: los fugitivos han regresado, y trabajan con ardor en hacer surgir de sus cenizas una ciudad que es el último baluarte del paganismo.

No obstante, todo hace prever que el centro del África será pronto mahometano, y contará vastos y poderosos imperios musulmanes...

Como teníamos prisa para llegar á Ilorin, partimos temprano, y al cabo de cinco horas de marcha llegamos á un gran mercado, conocido con el nombre de Apado, por el lugarejo así llamado distante pocos centenares de pasos.

Iporin es el último pueblo que se encuentra en el camino de Ilorin. El sendero que seguimos es pedregoso y el paisaje uniforme. A las seis llegamos al recinto fortificado de Iporin. Aquí habitamos una casa grande, y al lado de ella viven una vieja negra y dos jóvenes que nos parecen muy atareadas. Una de ellas debate con su madre las condiciones de su próximo matrimonio, y habla con tanta elocuencia y conciencia que gana su proceso. Su madre le concede lo que pide para las compañeras de la joven y para las portadoras de agua. Iyawo, tal es el nombre de una de las jóvenes que se casan, vuelve á las siete de la tarde acompañada



de unas diez jóvenes y niñas, y luego se van á la cabaña del marido que las aguarda. La desposada va cubierta con un velo cuando comparece delante de la madre de su esposo, que la conduce á la cámara nupcial, y recibe despues las felicitaciones de su suegra: luego vuelve á nuestra cabaña á dar gracias á sus padres, especialmente á su madre.

Llora y se lamenta al separarse de su anciana madre que le había prodigado sus desvelos, y apenas pueden consolarla. Tranquilízanla, y hácenle prometer que se regocijará, pues así lo exige la circunstancia feliz de su matrimonio. La madre canta, llorando en tono moderado, una elegía que nos conmueve.

Recuerda la bondad, la obediencia de su hija, hermosa y buena. Si lamenta verse privada de ella, ¡alé-

caído sobre la ciudad de Iporin, arrebatando una docena de cabras. Las víctimas no se han atrevido á quejarse, por ser los ladrones hijos del rey, y al manifestar nuestra sorpresa, nos contestan:

—Tú, blanco; nosotros, negros: aquí se hace así, y está bien hecho.

# XI.

En la feria inmensa que se celebra todos los días en medio de la ciudad, hablamos con las vendedoras: todas comprenden el yoruba. Durante nuestra permanencia en Iporin nos familiarizamos con los mismos que vienen asiduamente á visitarnos. ¡Qué lástima no tengamos tiempo para hacerles conocer y amar á Aquel



NIGER.—Ejecucion de dos ladrones en Ilorin. (Pág. 234).

grase por su suerte. Luego con un tono profético y lleno de ternura, empieza una serie de bendiciones que sus vecinas vienen á continuar durante largo tiempo. La joven desposada suspira de continuo toda la noche en el aposento de su madre. A medio día saldrá cubierta con un velo; su suegra le entregará una escoba, y por vez primera barrerá las cabañas de su marido, de su madre y de las amigas que la acompañan. Luego le pondrán en la cabeza un vaso etrusco, é irá á buscar agua para su marido y para sus amigas. Cada día se iniciará así de gran ceremonia en alguna funcion nueva hasta que haya espirado el tiempo de las fiestas (nueve días).

Pero ha empezado una escena de otro género que la precedente. Los hijos del rey de Ilorin, montados á caballo y seguidos de una banda de aventureros, han

que ha dicho: «Dejad se acerquen á Mí los niños!»

Al dejar la ciudad encontramos, al cabo de tres horas de marcha, el pueblo de Oke-Oyi, distante cinco leguas de Ilorin. A la mañana siguiente muy temprano proseguimos el viaje. Gran número de senderos, serpenteando entre inmensos parques de césped y de verdor, y que entorpecerian á otros viajeros que no fuesen los negros, conducen á la capital. El aduanero de guardia baja su cuerda al acercarnos, y nos deja entrar en nombre del rey. Atravesamos las grandes plazas y mercados, precedidos de nuestros guías, é inmediatamente seguidos de todos nuestros portadores, que forman nuestra escolta de honor. La ciudad nos parece cada vez más vasta á medida que penetramos en sus calles anchas y bastante limpias.

Al cabo de veinte minutos desembocamos en la vas-



tísima plaza del palacio real. El primer ministro fué en seguida á prevenir al rey. Despues de media hora de espera, atravesamos un patio lleno de musulmanes, sentados á la turca: un pabellon albergaba á los oficiales del rey, y un corredor que desembocaba en aquél estaba lleno de los grandes de la ciudad.

Vimos al rey sentado en tapices rojos á la entrada de una vasta sala oscura. Vestia albornoz de fina tela, con ricos bordados. A su diestra estaba sentado un gran sacerdote con un libro de oraciones en la mano. Leyó en alta voz en lengua para nosotros desconocida, algunas preces, y luego todos llevaron ambas manos á la cabeza, pareciendo que cada uno salia de un profundo sueño. En seguida empezaron los saludos. El rey, nos felicitó por nuestra llegada, y nos trató con la mayor confianza.

rango de las personas y sigue los caprichos de la peluquería y del día. Nada tan vario como esas extravagancias. Aquí es una pirámide que amenaza el firmamento; allá un rodete formado por los cabellos dando vueltas á la cabeza. Entre las Tapas el género es más mundano: las mujeres llevan largas trenzas adornadas con baratijas, y de brillantes y finas conchas. Las ribereñas del bajo Níger son sin duda las más feas: la mayor parte van afeitadas como esclavas, y desnudos el cuello y las orejas de esos adornos de que tanto se envanecen las africanas, y que tan bien les caen cuando no los prodigan con exceso.

Sin contar los tejidos realmente hermosos con que se visten los indígenas, admíranse vainas de sables turcos primorosamente trabajadas, sillas de montar, bridas,



NIGER. — Accidente en un río. (Pág. 234).

Apenas instalados en nuestra casa recibimos dos enormes platos de *amala*, especie de papilla de harina de batata, y el Padre superior ofreció algunos regalitos al rey, quien continuó sus larguezas enviándonos dos sacos de cauríes y cinco grandes cestos de batatas.

Un magnífico buey que el rey nos dió más tarde contribuyó á que pudiésemos captarnos las simpatías de nuestros huéspedes y vecinos.

Las jóvenes llevan brazaletes bastante incómodos. Consisten en centenares de mariscos ensartados, ó bien en aros de cobre, que además de un peso aprisionan las muñecas de esas jóvenes coquetas. Todo el mundo se hace lenguas de las chinas y de las parisienses; pero se olvida las elegantes del Yoruba.

¿Y su caballera? Es el tema en el que se ejerce el arte de las peñadoras del país. La moda varía segun el

arneses, etc., de trabajo tan delicado que rivalizan con nuestros productos de Europa.

Este ramo de las artes es el más importante del país. Un mahometano, en efecto, no es rico y considerado sino á condicion de tener un excelente caballo con preciosas gualdrapas, y de ir seguido de muchos esclavos y ser señor de muchas mujeres que aumentan su numerosa familia.

En esto consiste toda la civilizacion material del malés: el orgullo es el resorte que anima esa máquina, y el fanatismo es el aguijon que la mueve á emprender sus guerras interminables.

Hay gran número de mezquitas y escuelas, perfectamente conservadas, y no se encontrará un mahometano de distincion que no hable dos ó tres lenguas, y no sepa leer, escribir y contar por lo menos en una.



## XII.

El 3 de diciembre el rey nos envió dos hermosos caballos, y nosotros, á fin de ganar con más seguridad el corazón del monarca, hacemos venir reservadamente su nodriza, y el Padre Superior le hizo un regalo que ella aceptó con avidez, y para mostrarnos su agradecimiento nos prometió que iría en el acto á sondear las intenciones del príncipe respecto á nuestra exploración del Yoruba.

—Cuando se tiene un amigo á quien se quiere mucho, nos hizo decir el rey, no se le echa en medio de sus enemigos: ahora bien, yo estoy rodeado de adversarios que me hacen guerra; no puedo, pues, dejaros pasar en medio de ellos. Si me amais como yo os amo, volved á Bida.

Esta respuesta nos causó alguna tristeza, pues desvanecía nuestros más caros proyectos.

El Padre Superior, sin embargo, envió al rey un reloj, una caja de cigarros y algunas cajas de leche condensada: conmovióse el soberano á vista de esto, y Dungari, encargado de las embajadas secretas, nos hizo advertir que el rey no comprendió al pronto nuestro mensaje, y que por consiguiente estaba pronto á entrar en negociaciones respecto á nuestra salida de la ciudad y á nuestro viaje hasta Abeocuta...

Al volver á nuestra casa despues de una entrevista con el rey, asistimos á una ejecución. Un gambari, á quien habíamos tomado á nuestro servicio en Bida, fué sorprendido infraganti mientras robaba dinero y batatas en nuestro aposento, donde había penetrado durante nuestra ausencia. El propietario de la casa empezó por encadenarle, y luego, en su cualidad de primer ejecutor del rey, le administró una corrección terrible, que no arrancó siquiera un grito al gambari. Quedó encadenado hasta la tarde, y se cubrió la cabeza de polvo. Haré observar de paso que en Africa, tanto en los supremos dolores como en las grandes humillaciones, los negros acostumbran cubrirse la cabeza con ceniza, que luego cae sobre el cuerpo, y dar gemidos lastimeros que dicen más que todas las elegías.

A las cinco el rey nos hace llamar. Nuestro intérprete le explica nuestro deseo de llegar á Abeocuta sin tener que volver atrás, y el monarca manifiesta que nos favorecerá.

Luego hablamos de otra cosa, especialmente de religión. Le rezamos el *Padre nuestro* en yoruba, se lo explicamos, y queda maravillado.

—El Corán contiene también esas bellas cosas... es casi la misma oración. Vosotros también teneis rosarios (*tesuba*), añadió; mostrádmelos.

Le presentamos unos, y al ver la medalla de la santísima Virgen, nos preguntó quién era aquella imagen.

—¡Ah, sí, la Madre-Virgen de Iza (Jesús). El Corán dice todo eso. Vosotros sois verdaderos alufas, y conocéis á Alah.

Era ya de noche cuando nos despedíamos del rey y pasamos por la plaza real que ofrecía á la sazón un magnífico golpe de vista. Estaba llena de multitud de vendedoras, sentada cada una junto á sus géneros alumbrados por una lámpara. Este inmenso mercado ofrecía encantador aspecto: estábamos muy distantes de Abeocuta, la ciudad en donde los intolerantes fetiquios apenas permiten que las mujeres salgan despues de anocheado.

El día siguiente uno de nuestros hombres emprendió la fuga con algunos hurtos; pero habiendo salido en su persecución algunos comisionados, fué alcanzado y traído con una cadena al cuello. Media hora bastó para procesarle, y fué á pasar la noche con el infeliz gambari. Su celda es un hueco oscuro é infecto, donde se les abre el apetito á fuerza de palos.

Despues de muchos contratiempos, el día 13 de diciembre logramos ponernos de acuerdo con portadores gambaris, y fijar la marcha para la misma tarde.

## XIII.

No obstante la irregularidad de la vida que llevamos, marchas forzadas, comidas con frecuencia excesivamente distantes unas de otras, alimento fuerte que fatiga paulatinamente el estómago, nuestro estómago está á la altura de los obstáculos y gozamos de robusta salud.

Por última vez mandamos nuestros saludos al rey, y formamos lentamente nuestra caravana. Multitud de muchachos nos grita: ¡Hasta la vuelta! y á última hora el rey nos regala un joven esclavo, para que cuide de nuestras cabalgaduras.

Despues de franqueado un torrente pasamos por delante de Oko-Alufa y tomamos el camino de Ibaja. Es una gran vía nacional, llena de transeuntes, cruzándose sin precaución alguna, y disputando porfiadamente. Allí encontramos al negro tal como es en todas partes, pendenciero, orgulloso, neciamente audaz, y siempre pronto á cantar la palinodia cuando tiene que haberse las con otro más fuerte que él.

Pasamos por varias localidades, cuyos vecinos se mantienen á alguna distancia de nosotros, aunque ávidos de vernos y de examinarnos. Desembocamos en una vasta llanura que terminaba en un riachuelo bastante angosto, pero de paso muy difícil y arriesgado. El agua corría por entre rocas resbaladizas, que ofrecían grave peligro para los jinetes. El jumento que montaba el P. Chausse se deslizó, cayendo en medio del río bastante profundo (V. el grabado de la pág. 233). Felizmente no tuvo el lance otras consecuencias que el susto que nos causó á todos y el baño de agua fría que tomó el P. Chausse, por cierto nada grato ni saludable atendida la hora matinal.

Más tarde llegamos á la entrada de una gran ciudad arruinada, en otro tiempo floreciente, y hoy cubierta de malezas. Omu, tal es el nombre de esta antigua ciudad, ha sido completamente arruinada por los ibadanes; sólo las fortificaciones han quedado intactas, y podrían en caso necesario ofrecer asilo seguro á los fugitivos: las dos puertas que hay son inabordables; un gran foso rodea las fortificaciones, y delante de las puertas se han echado puentes tan rudimentarios que son un serio peligro para los viajeros.

Caminamos en medio de largas hileras de portadores dedicados al comercio. A cortos trechos encontramos escuadras de guerreros para la seguridad del camino.

Estas escuadras cierran un gran espacio que es imposible franquear, y de buen ó mal grado todos los comerciantes tienen que pagar derecho de pasaje. Al que se muestra recalcitrante se le administra una importante paliza, y paga con su pellejo y con su carga su loca resistencia.



## XIV.

Ilofa, Orinope, Auton, Oro, Pósi y Noro nos vieron sucesivamente pasar por dentro de sus recintos, concediéndonos hospitalidad más ó menos generosa. Muchas veces se trató de engañarnos ó imponernos; pero esos procedimientos no tuvieron éxito, pues teníamos bastante experiencia de la astuta audacia del negro para que nos dejásemos coger en sus emboscadas.

Después de haber atravesado Oke-messi nos encontramos al pie de la prolongada cadena de colinas que ofrecen fortificaciones naturales á las diversas tribus enemigas de esos parajes. Empleamos tres largas horas en subir á una de esas inmensas mesetas en las que está situado el campo de los ibadanes.

El pueblo de Ipolé á donde llegamos está completamente poblado por el estado mayor del campo situado á cuarenta minutos más lejos en las montañas.

Hicimos desde luego presentes al jefe del pueblo. Este anciano, en otro tiempo gran batallador, nos recibió con mucha dignidad y aparato, y nos hizo varios regalos. A pesar de la necesidad de descanso que sentíamos, forzoso nos fué ir á presentar nuestros homenajes al rey de Auton, quien celebró corte con tal ocasión.

Algunos centenares de mujeres, de hombres y de niños llenaban el patio de honor del palacio real. Levantóse una especie de trono para el rey, quien apareció luego cubierto con un precioso paño de terciopelo rojo, llevando en sus manos un cetro ricamente trabajado y adornado con gran número de perlas, y terminado con una fea cola de caballo. Creyendo producir un efecto más imponente, el monarca africano se había hecho acompañar por una joven, quien se sentó lo más modestamente que pudo á los pies de su señor. Esta fué la primera vez que se violaba tan abiertamente ante nosotros las reglas de la más vulgar decencia. Aquí se observa por doquiera verdadera licencia. El pudor, cuando no es enteramente desconocido, recibe terribles ataques. Siéntese la vecindad de un campamento africano.

Expedimos un correo al comandante del campamento de los ijechas. Oguedengbe nos hizo saludar y nos contestó que nos aguardaba; empero la fatiga del día nos obligó á aplazar esta visita para el día siguiente.

A pesar de haber sido la noche muy tempestuosa, á las ocho estábamos ya á caballo para ir á visitar á Seriki Oguedengbe y su campamento. Al cabo de tres cuartos de hora llegamos á la vista del campamento de los ibadanes, establecido en una meseta descubierta á veinte ó veinte y cinco minutos del otro campo. Tomamos un sendero á derecha y entramos en el campamento de los ijechas.

Ocupa inmensa superficie y es escabroso. Compónenlo gran número de barracas de paja y madera cubiertas de lodo. Reina allí poco orden y simetría: las viviendas están diseminadas entre peñas gigantescas que sirven de muros y de fortificaciones. Hay lugar para algunos millares de soldados; pero las cantineras abundan y los muchachos dominan por su número: otras tantas bocas inútiles que hacen la posición de las más críticas.

El campamento enemigo dista veinte y cinco minutos del de los ijechas, y está separado por un barranco profundo y escarpado. El general Oguedengbe nos recibió en los desnudos peñascos que sirven de patio á su

vivienda. Estaba modestamente sentado en medio de sus guerreros, el aspecto de los cuales, por otra parte, era bastante pacífico (V. el grabado de la pág. 236). Felicitónos por nuestra llegada y nos invitó á seguirle en su barraca, verdadero museo militar. A la puerta los fetiquios parecen cerrar el paso, y arriba hay algunos centenares de talismanes debidos al genio de los mahometanos: esparcidos se ven fusiles, tambores, sables, flechas, pólvora y túnicas indígenas aguardando el día del combate.

En medio de todo ese conjunto de armas y municiones, el general en jefe estaba sentado en su trono, rodeado de sus mujeres y de sus hijas. Más de cincuenta hombres habían encontrado lugar en ese arsenal, estrechándose en todos los rincones. Impúsose silencio, pero de improviso dos papagayos revelaron su presencia con sus gritos inoportunos, con gran escándalo de Oguedengbe, á quien incomodaba semejante impertinencia.

Este general se muestra muy atento con nosotros, y á pesar de la penuria de sus provisiones nos regala un magnífico carnero y batatas: corresponde nuestro Padre superior con el obsequio de unas enaguillas de seda que excitan la admiración universal.

Satisfechos de nuestra visita, tomamos el camino del pueblo de Ipolé, en donde entramos por la tarde, y á la mañana siguiente partimos de nuevo, viéndonos obligados por el mal camino á detenernos al cabo de cinco horas en el pueblo de Essaguré.

Aunque en momentáneo destierro, tomamos nuestras disposiciones para celebrar la fiesta de Navidad al unísono con el universo entero. Prolongamos mucho la velada cantando todos los villancicos que recordamos. Nuestros huéspedes no adivinan el objeto de nuestra alegría, les invitamos á que participen de ella, y lo hacen con entusiasmo.

¡Oh, cuán ardientemente deseamos que luzca el día en que también esos infelices negros puedan festejar al buen Jesús del Pesebre, y participen de esa paz que Él llevó á la tierra á los hombres de buena voluntad! A pesar de que no comprendían nuestros cánticos, regocijábanse con nosotros, pues les habíamos dicho que un Niño-Dios nació en tal día para salvar al mundo, y hacer felices á los negros lo mismo que á los blancos. Bastábales, para estar contentos, saber que este Niño, el Dios de los blancos, ama también á los negros. ¡Dios mío, haced brillar vuestra luz á los ojos de esos infelices esclavos!

No obstante la solemnidad de la fiesta, nos vemos obligados á ensillar nuestros caballos para ir á Ijebu-Eré, residencia del rey de los ijechas.

## ESTADOS UNIDOS.

## CONCILIO III DE BALTIMORE.



AS actas de este tercer Concilio plenario de la Iglesia de los Estados Unidos, aprobadas ya por la Santa Sede, han sido elegantemente impresas, y forman un tomo de 400 páginas. El fin que se propusieron los Padres del Concilio fué, como dice el Emo. Cardenal Jacobini en el decreto de aprobación, estrechar la disciplina eclesiástica, remover los abusos que se podían introducir, atender á la educación de los fieles en general y de los eclesiásticos



en particular, buscar el mejor medio para la eleccion de Obispos y la administracion de las temporalidades de la Iglesia, en una palabra, conservar y aumentar la fe católica. Para obtener estos importantes resultados, han promulgado una serie de disposiciones sumamente útiles y prácticas, acomodadas á las circunstancias de aquel país eminentemente libre. Hé aquí las más importantes.

*Eleccion de Obispos.*—Cuando ocurra la vacante de una diócesis, se reunirán los consultores y párrocos inamovibles de ella, bajo la presidencia del Metropolitano, ó en su defecto del Obispo sufragáneo más antiguo ó su delegado, y nombrarán una terna, que enviarán simultáneamente á la sagrada Congregacion y á los demás Obispos sufragáneos de la provincia. Luego se

despues de haberlo maduramente deliberado con sus consultores, designará un número de misiones ó parroquias, cuyo rector será inamovible. Tales parroquias conviene que tengan buena iglesia, escuela para ambos sexos, decentes habitaciones para el párroco y un número crecido de fieles. Estos rectores no podrán ser removidos si no media una causa canónica. Por ahora se establecerán en una proporcion de uno para cada diez parroquias á lo menos; pero antes deberán sujetarse á riguroso exámen. Los Obispos deberán crear estas nuevas parroquias dentro del término de tres años desde la promulgacion del Concilio, pero podrán hacer los primeros nombramientos sin sujetar á los elegidos al referido exámen.

*Tribunal de exámenes.*—Se nombrará un tribunal



NIGER.—El general Oguedengbe y su corte. (Pag. 235).

reunirán éstos á fin de examinar dicha terna, ó escoger otra que á ellos pareciese conveniente, y á su vez remitirán á Roma esta nueva terna, indicando al propio tiempo los motivos que ellos tengan para desechar la primera. En vista de estos datos, la Sagrada Congregacion elegirá el candidato para llenar la vacante.

*Consultores diocesanos.*—Mientras las circunstancias del país no permitan la institucion de capítulos catedrales, cada diócesis tendrá seis sacerdotes, ó cuatro, ó cuando menos dos, si el clero fuese muy escaso, que se llamarán consultores diocesanos. Su obligacion será ayudar al Prelado en el gobierno de la diócesis, ya para formar el Sínodo, elegir examinadores, fundar nuevas parroquias, etc. Estos consultores serán elegidos la mitad por el Obispo y la otra mitad por el clero.

*Párrocos inamovibles.*—En cada diócesis el Prelado,

de exámenes en cada diócesis, correspondiendo el nombramiento al Obispo, oídos los consultores. A este tribunal pertenecerá el exámen de los rectores, la aprobacion de los confesores y de los candidatos para el Seminario y para la recepcion de Ordenes. Establécense vicarios foráneos con el cargo de presidir las conferencias eclesiásticas, y ejercer alguna vigilancia sobre los sacerdotes comarcanos.

*Música eclesiástica.*—Despues de haber dado los Padres del Concilio varias disposiciones acerca de la vida y honestidad de los clérigos, pasan á tratar una serie de puntos particulares y prácticos. Hablando de la música eclesiástica, ordenan que se supriman aquellas composiciones que respiran mundo, sensualidad ó irreligion. Deben eliminarse igualmente aquellas en que por las interrupciones ó repeticiones que se hacen de las pala-



bras sagradas, impiden la inteligencia de lo que se canta.

*Días festivos.*—Con el fin de uniformar la Iglesia de los Estados Unidos acerca de las fiestas y ayunos, contando con la aprobacion de la Santa Sede, dispone el Concilio que en lo sucesivo para todos los Estados Unidos sólo haya obligacion de oír misa y abstenerse del trabajo en los siguientes días: la Inmacula Concepcion, la Natividad y Ascension de nuestro Señor Jesucristo, la Asuncion de María Santísima y Todos los Santos. En cuanto á los ayunos, deja al juicio y prudencia de los Obispos el decidir los que en cada diócesis se deban guardar.

*Educacion del clero.*—El fomento de las vocaciones eclesiásticas, el orden y clase de estudios que son necesarios al sacerdote y el establecimiento de la Universidad ó Seminario central fueron tratados preferentemente en el Concilio. Exhortó á los Obispos á enviar jóvenes de esperanza á los colegios de Roma y Lovaina. Dispuso que los nuevos sacerdotes fuesen examinados anualmente por espacio de un quinquenio despues de su ordenacion. Manda igualmente que haya conferencias eclesiásticas cada trimestre, las cuales podrán reunirse ó en una capilla de la catedral ó en otro lugar decente.

*Instruccion elemental.*—Siendo un deber de los padres el cuidar del alma de sus hijos con mayor esmero aún que del mismo cuerpo, deben vigilar acerca de los maestros á quienes los entregan. Nada más necesario que la existencia de una escuela católica en cada localidad. A este fin se dispone: 1.º En donde no haya escuela católica, debe establecerse dentro del término de dos años, á no ser que por graves motivos el Ordinario permita diferir el cumplimiento de este mandato. 2.º El sacerdote que por negligencia deje de cumplimentar esta disposicion, podrá ser removido de su curato. 3.º La parroquia ó mision que rehuse ayudar á su Pastor para llevar á cabo esta obra, deberá ser amonestada por el Obispo, el cual adoptará las medidas convenientes para obligarles á esto. 4.º Todos los católicos deben enviar sus hijos á la escuela parroquial, á no ser que hagan constar que los educan en casa ó en otro colegio católico; sin licencia del Obispo no podrán mandarlos á ningún colegio que no sea católico.

*Inspectores de la enseñanza.*—Dentro el término de un año desde la promulgacion de los decretos del Concilio, el Obispo de cada diócesis nombrará uno ó varios sacerdotes aptos que con el nombre de *Comision diocesana de exámenes*, ejercerán la inspeccion general sobre todas las escuelas. Pertenecerá á esta comision el examen de todos aquellos que deben colocarse al frente de las escuelas parroquiales, ya sean hombres, ya mujeres, laicos ó religiosos. Nadie podrá desempeñar este cargo sin un diploma expedido por la comision que le autorizará para ello. Es de desear que cuanto antes se establezca una escuela normal católica para la instruccion y formacion de los maestros.

*Sociedades secretas.*—El Concilio renueva todas las condenaciones emanadas de la Santa Sede contra tales sociedades, en las que reconoce un constante peligro contra la sociedad y el mayor enemigo de la Religion. Mas como no todos han sido nominalmente condenadas por la Iglesia, á causa de aparecer y fundarse cada día otras nuevas, da una regla de conducta á los católicos, diciendo que no pueden formar parte de ninguna

asociacion en la que concurren alguna de las dos siguientes circunstancias: 1.ª Si entre las leyes por que se rige hay alguna que exija de tal modo el secreto, que ni á la misma Iglesia ó á sus ministros pueda revelarse. 2.ª Si bajo juramento, ó sin él, se promete una obediencia absoluta, ciega y perpetua á todo lo que se ordene, sea conocido ó desconocido. Cualquiera de estas dos condiciones prueba claramente la maldad de la asociacion, segun aquello del Evangelio: *Qui male agit odit lucem*.

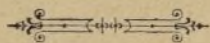
*Sociedades católicas.*—Para contrarrestar los daños y evitar los peligros que ocasionan las sociedades secretas, recomienda el Concilio el establecimiento de las asociaciones católicas, no sólo las que tienen un fin exclusivamente religioso, como las del Sagrado Corazon de Jesús, del Santísimo Sacramento, de la Virgen Santísima, sino tambien las que lo tienen semi-religioso, como las de socorros mutuos, y aun las que sólo se proponen un fin moral, como las de beneficencia, templanza, etc. Al hablar de estas últimas, exhorta á los vendedores de licores á que vigilen acerca del cumplimiento de los deberes que les impone su peligroso comercio, que no vendan licores á los de menor edad, ni en los días festivos.

*Bienes eclesiásticos.*—Al tratar de este importante asunto, da el Concilio una serie de leyes, ya acerca de las limosnas que espontáneamente ofrezcan los fieles, ya acerca de los bienes que hoy posee la Iglesia ó sobre los cuales tiene derecho. Entre otras cosas, recomienda eficazmente que, si las circunstancias lo permiten, haya en cada parroquia una *junta de seglares*, nombrada por el párroco y con la aprobacion del Obispo, que tenga por objeto el auxiliar á aquél en la abministracion de las temporalidades.

*Colectas eclesiásticas.*—Para proceder prudentemente en las colectas que se acostubran hacer en el templo, renuevan los Padres las instrucciones dadas por Pio IX, y mandan que desaparezca por completo la costumbre que habia en algunas localidades de pedir limosna á las puertas de la iglesia antes de la Misa. Quieren que en todos los templos quede un espacio libre de sillas para los forasteros, para los pobres y para aquellos que no quieran ó no puedan pagar el asiento.

*Romerías, ferias, bailes, etc.*—Prohíbese por el Concilio el emprender una romería pública y general sin permiso del Obispo, el emprenderla los domingos ó en día festivo ó de ayuno, ó de noche, y tambien llevar licores para ellas. Las mismas disposiciones da acerca de las ferias y mercados. Igualmente recuerda á los párrocos que es un abuso intolerable tener bailes ú otras reuniones profanas con el fin de allegar fondos para un objeto piadoso.

*Entierros cristianos.*—El Concilio ha juzgado conveniente suavizar la disciplina en lo tocante á los funerales y entierros de los fieles. Permite que el cadáver sea llevado á la iglesia para la Misa y demás sufragios, y que despues sea enterrado en un cementerio civil ó no católico, á eleccion de la familia. Además, mientras el Ordinario por especiales motivos no disponga lo contrario, los ritos todos de sepultura podrán hacerse ó en la misma casa del difunto ó en el templo, si se ha de sepultar en un cementerio civil.





## EL ILMO. SR. D. FR. VALENTIN DE BERRIO-OCHOA.

OBISPO DE CENTURIA  
VICARIO APOSTÓLICO DEL TUNG-KIN CENTRAL.

**E**N Elorrio, villa de Bizcaya fronteriza á Guipúzcoa, nació el 14 de febrero de 1827 Valentin Faustino de Berrio-Ochoa y Arizti, que, al siguiente día, fué bautizado en la parroquial de la Concepcion.

Ese niño, tan amado del cielo, era hijo de D. Juan Isidro, descendiente de las casas infanzonas de Berrio-Aldecoa y de Gastea, y de D.<sup>a</sup> Mónica que descendía del noble solar de Urruti. Ejercía su padre el modesto oficio de carpintero ó ebanista, librando en su arte la subsistencia de su familia.

De carácter dulce, genio expansivo, talento claro y penetrante, corazon sensible y conciencia rectísima; un extremado amor al estudio y grande espíritu de recogimiento, juzgan, cuantos conocieron á Berrio-Ochoa en su niñez, eran las cualidades que en él resaltaban, de tal modo, que sus profesores de primeras letras y de latinidad se sorprendían de sus adelantos. Especialmente el segundo derramó á raudales, en el corazon de su discípulo predilecto, la semilla de la virtud y entusiasmo al joven Berrio-Ochoa con la relacion de los prodigios que los hijos de santo Domingo hacían en las más apartadas regiones, difundiendo la luz del Evangelio. Estas descripciones, animadas por el fervor del maestro, encendían el predispuesto espíritu de Berrio-Ochoa, que buscaba afanoso las ocasiones de renovar las conferencias, huyendo de las diversiones propias de su edad y haciendo nacer en su corazon el deseo de vestir el santo hábito de santo Domingo, consagrándose á la conversion de los infieles.

Las lecturas sagradas, especialmente los *Ejercicios de perfeccion*, le atraían singularmente, adelantando tanto en la virtud, que frecuentaba los santos Sacramentos, y en ellos fortalecía su vocacion. No podían, empero, sus padres, dada su modesta posicion, costear su carrera, y hubo de dedicarse al taller, acompañando á su buen padre durante más de tres años. No fué el trabajo corporal obstáculo á sus prácticas religiosas; llevaba cilicio, se maceraba con disciplinas, ayunaba con exceso y la aurora le sorprendía de hinojos ante un Crucifijo: la meditacion formaba sus delicias, y la lectura de libros religiosos su mejor distraccion; en fin, por ser algo en la Iglesia, se dedicó á sacristan del convento de monjas de Santa Ana, y así llegó á la edad de las pasiones sin haberlas sentido, de tal modo, que jamás se mancilló con los ardores juveniles.

Crecían, en tanto, sus anhelos de consagrarse por entero á Dios, mas su vocacion estaba contrariada por las necesidades de su familia, á la que amaba con delirio: hizo voto de castidad, que renovaba con frecuencia, y así esperó tranquilo se modificaran las circunstancias, hasta que, por fin, sus padres, vista su decidida inclinacion, hicieron esfuerzos inauditos y lo enviaron al Seminario de Logroño.

En octubre de 1845 ingresó en aquel docto establecimiento, y no hay que decir si quien, cohibido por el trabajo, fué modelo de cristianos, sería en el Seminario ejemplo de cuantos se dedicaban al sacerdocio: todas sus notas de sobresaliente revelan su aficion al estudio de las ciencias sagradas; su angélica conducta y acendrada religiosidad mostraron, en rasgos sublimes de

humildad, lo heróico de sus virtudes y la pureza de su alma.

Sacrificó, empero, nuevamente su vocacion al conocer que sus padres hacían sacrificios extraordinarios por costearle la carrera, y quedóse en Elorrio, dedicado al trabajo, pero consagrado más que nunca á sus oraciones, devociones á la Virgen y ejercicios espirituales; horas enteras pasaba abismado en oracion, privándose de cuanto podía serle grato y poniendo toda su confianza en el Señor. Y no confió en vano, pues el Sr. Irigoyen, obispo de Calahorra, conocedor de las grandes virtudes de Berrio-Ochoa, le confió la direccion espiritual del Seminario de Logroño, cuando contaba 24 años de edad y sólo tenía la *prima tonsura*. ¡Cuán relevantes serían sus dotes para confiarle este delicado y espinoso cargo en edad tan temprana y sin haber recibido aún ni las órdenes menores! En 1851 ascendió al orden sacerdotal, á título del honorífico cargo que ejercía.

Presbítero ya Berrio-Ochoa, debía marchar con alas de ángel hácia la santidad, ya que en los albores de la razon caminó rápidamente hácia la perfeccion cristiana. Vigilancia extremada por la moralidad del Seminario; estudios profundos de la teología y constante oracion y ejercicio, forman el cuadro de su vida en los tres años que permaneció en Logroño. El confesonario y el púlpito le llevaban las horas que su cargo no le ocupaba, y su descanso era la oracion y la mortificación. Las visitas á los hospitales y los enfermos le encantaban, porque en ellas hallaba ocasión de ejercitar su ardiente caridad y su extremada humildad.

Abierta nuevamente la casa matriz de la ínclita Compañía de Jesús, en Loyola, Berrio-Ochoa, que había rehusado varios puestos, fija su mente en el claustro, acudió, en julio de 1853, al venerable P. Antonio Morey, superior entonces de Loyola, pretendiendo vestir la sotana de la Compañía. Preparóse antes con unos rigurosos ejercicios espirituales, y leal siempre, hasta en lo que podía contrariar sus aspiraciones, advirtió al P. Morey que desde niño había sentido inclinacion al instituto de Santo Domingo: meditó el caso el P. Morey, varon lleno del espíritu de Dios y de un gran don de consejo, y le indicó siguiera sus primeras impresiones, solicitando el ingreso en el convento de Ocaña, donde penetró el 26 de octubre de 1853.

Ya está satisfecha su ambicion, ya colmadas quedan todas sus ansias. Las rudas pruebas del noviciado aqúilatan sus virtudes; soporta resignado las horribles contrariedades á que el Señor le sujeta, para probar más y más su vocacion; observa tan puntual y rígidamente las reglas de la Orden, que asombra á sus maestros; se mortifica con un rigor tan desusado, que parece hombre sin pasiones; jamás se le oye palabra ociosa, ni de mera curiosidad, y así de perfeccion en perfeccion, de humildad en humildad, llega á desprenderse de todo afecto de carne y sangre, y, venciendo á sí mismo, llega al límite que el Señor reserva para sus escogidos predilectos.

Profesa, y continúa siendo el asombro de todos; termina sus estudios de teología, sacando frutos admirables de ciencia y de virtud; es director ó maestro de legos, y éstos le aman como á padre y respetan como á santo.

Nueva faz toma la existencia de Berrio-Ochoa: engalanado con todos los dones de la virtud, pronta su alma al sacrificio, ¿qué le falta para consumir su gloriosa victoria? la orden de pasar á las misiones de Filipinas.



Al recibirla se enardeció su espíritu y el júbilo brotaba por todos sus poros; recordaba aquellos hermosos triunfos de los mártires. sentía que la sangre de los ínclitos defensores le abrasaba el alma y suspiraba por el feliz momento de verse rodeado de infieles á quienes predicar la fe, de experimentar hambre y sed; sufrir trabajos y persecuciones y sacar, de entre las mismas garras de los tiranos, almas que llevar al cielo.

El 27 de julio de 1857 arribó á Manila, sin que durante la travesía haya dejado de orar y de cumplir estrictamente con todos los deberes que impone la regla. Redobra en el convento de Santo Domingo de Manila sus penitencias y oraciones: adquiere cuantos conocimientos se necesitan para el espinoso y difícil cargo de misionero en el Tung-kin, apostolado tan penoso, que á ninguno se obliga á marchar allá, y sólo se acude cuando se solicita.

Marcha el discípulo de Jesús, siguiendo las huellas de su divino Maestro, á las inhospitalarias playas del Tung-kin, donde sufrirá amarguras sin cuento, tristezas inmensas, penalidades sin fin.

Cruel persecucion se desataba por entonces en el Tung-kin contra los cristianos y mayor todavía contra los celosos misioneros: apenas si de cien regresa uno sólo; en aquellos días caía bajo la cuchilla la venerable cabeza del Ilmo. P. Díaz; las iglesias quemadas, dispersos los pobres cristianos, todo conturbado, apenas si los misioneros pueden salvarse, porque, multiplicando sus esfuerzos, acuden allá donde hay uno que salvar ó quien desfallezca en la fe. Berrio-Ochoa conocía el horrible estado del Tung-kin al solicitar la gracia de ser destinado á esas Misiones, y lo pide quizás por esa causa principalmente.

Después de recorrer oculto las montañas, vadear rios, viajando á pié, de noche y empapado en agua, corriendo graves riesgos, llegó Berrio-Ochoa á la choza donde se ocultaba el venerable obispo de Tricornia, D. Melchor García Sampedro. Estudió con incansable actividad la lengua tonquina, venciendo con facilidad asombrosa sus dificultades, y muy en breve prestó á sus compañeros toda la cooperacion que de sus grandes luces y extraordinario celo se prometían.

Así siguió durante algun tiempo, en medio de contrariedades sin número y de peligros cada día mayores, pues la persecucion arreciaba extraordinariamente. Varios sacerdotes indígenas son martirizados; las prisiones se llenan de cristianos; pueblos enteros son arrasados por negarse sus fieles habitantes á pisar la cruz, y tan graves se presentaban las cosas, que espanta el considerar aquella crítica situacion: casi no se comprende como no desapareció de aquel país el Cristianismo, entre tan horrible desolacion. Sólo la vitalidad de la Religion y los esfuerzos inmensos de esos ángeles de paz, los misioneros, pueden atravesar períodos tan crueles, sacando á salvo la verdad, y con mayor prestigio, si cabe, demostrando que la adversidad es la piedra de toque que aquilata las instituciones.

Tanto y tanto se extremó la persecucion, que el venerable Sampedro creyó de absoluta necesidad el nombramiento de un Obispo coadjutor, no fuese que, cayendo él en manos de los sicarios del feroz Nyhuyas-Dinh-Tan, quedara aquella inmensa grey huérfana de pastor en ocasion tan espantosa. Mucho se meditó esto, y tras de implorar el auxilio de Dios y de pedir con oraciones y rogativas el acierto en la eleccion, recayó

ésta en Berrio-Ochoa. Sorprendido el humilde fraile de tan inesperada eleccion, hizo todos los esfuerzos imaginables para descargarse y rehuir la dignidad: ruegos, súplicas, oraciones, todo lo empleó para evitarlo, y fué necesario mandarle obedeciera, para que cediendo en su resistencia, se conformara con la voluntad del Señor.

Preparóse santamente Berrio-Ochoa para ingresar en el episcopado, y el 27 de junio de 1858 celebróse su consagracion en casa de un cristiano. A la consagracion asistieron el Sr. Sampedro, el P. vicario Riaño y el P. Carrera, y se celebró á las dos de la madrugada.

Los temores del venerable Obispo, Sr. Sampedro, se realizaron desgraciadamente antes de lo que podía temerse, pues á los pocos días fué preso, en union de sus dos fámulos, y cruelmente martirizado, cortándole los muslos y brazos y después la cabeza.

Hé aquí á Berrio-Ochoa colocado al frente de aquella importantísima Mision, á los pocos meses de llegar al Tung-kin y en la época más crítica que atravesó jamás. Su angustia al verse elevado á puesto tan eminente, se comprende, conociendo su extremada modestia; pero, como la fe obra maravillas y la gracia presta alientos para todo, Berrio-Ochoa, lejos de amilanarse por la desgracia, cobró nuevo vigor, consagrando todos sus desvelos al cuidado de la extensa Mision que le estaba confiada: su actividad y su celo alcanzan á todas partes; multiplica sus fuerzas; viaja de noche, descalzo de pié y pierna, cayendo en los barrizales; duerme en las chozas, alimentándose de raíces y vegetales, y así atiende á todas las necesidades y aflicciones de aquellos «pobrecitos cristianos,» que son su única y exclusiva preocupacion.

Le obligan las circunstancias á refugiarse en el vicariato oriental para evitar en algo los vejámenes que pesan sobre los neófitos del suyo; mas lejos de cesar en su divina mision, se dedica con mayor ahinco á ella, perfeccionándose en la lengua del país, estudiando cuanto concernia á su elevado ministerio y siendo ejemplo de un verdadero misionero.

Regresa á su Diócesis y transcurren otros tres años; faltar de todos medios, recorriendo de noche los escondrijos, donde se ocultaban los cristianos, para llevarles los Sacramentos, alentarles en su fe y consolarles en sus sufrimientos: velando sin descanso por aquel rebaño de que era Pastor: huyendo de sus perseguidores y esperando todos los días la muerte, Berrio-Ochoa, como sus dignísimos compañeros, vive muriendo; mas no lanzan una queja, no se les oye un lamento, no se preocupan siquiera de su suerte, y si de algo se conduelen es de sus infelices fieles y de no contar con medios para ayudarles, reconcentrado todo su espíritu en aquellas almas, cuya custodia les está confiada. Sus cartas á la *Propaganda Fide*, á sus Superiores y á sus padres respiran sólo sentimientos de caridad inagotable, olvido profundo de sí mismo, más aún, alegría y contento de lo poco que padece, cual si anhelara que sus penas borrasen las de sus hijos espirituales. No puede, sin embargo, prescindir de llorar lágrimas de sangre al ver caer diariamente centenares de víctimas, cuyo solo delito era profesar la religion católica; aquella ferocidad es imposible de pintar: se les confiscan todos sus bienes, se les carga de cadenas, conduciéndoles atados de pueblo en pueblo, y se les decapita, ó arroja al rio, para que perezcan más pronto ó más



cruelmente; tantas angustias, esas inmensas fatigas le excitan más y más; no duerme, ni descansa, aumenta sus penitencias, ora incesantemente y así infunde aliento á todos, fortaleciéndolos y animándolos.

Mas la persecucion se encarniza más y más, á medida que el tirano comprende que no puede extirpar al Crucificado de sus dominios, y á tal extremo de crueldad llega, que todos los cristianos que no han muerto ó sido encarcelados, vense obligados á agazaparse en los montes más retirados, viviendo entre fieras. Berrio-Ochoa tiene que refugiarse en una provincia del Norte, reuniéndose al Obispo Sr. Hermosilla y á los PP. Pedro Almató y Gaspar Gonzalez. Por la delacion vil de un cristiano desleal, es preso el Sr. Hermosilla en la barca donde se refugió; Berrio-Ochoa y Almató, ocultos en otra barca, comprenden no es posible continuar así y deciden confiarse á un subprefecto infiel, conocido de los pescadores que los ocultaban. Los acogió con fingida bondad y los condujo á casa de un médico pagano: á los dos dias los sacaron con engaño, y conduciéndolos á unos arrozales, cayeron en manos de unos soldados, allí apostados: huyeron ambos religiosos, pero el P. Almató dió una terrible caída y Berrio-Ochoa no quiso desamparar á su compañero, prefiriendo perecer con él á dejarlo abandonado. Sucedió esto el 25 de octubre de 1861, y apenas presos, se les condujo á la capital de provincia.

Participóse la captura de estos dos sacerdotes á la corte imperial, mas no aguardaron la sentencia, que parece ordenaba se trasladaran los presos á la Corte, pues siguiendo el consejo del cruel Nyhuyas-Dinh-Tan, el gobernador oriental mandó cortarles la cabeza sin más dilacion.

La fatal é injusta sentencia se cumplió el 1.º de noviembre de 1861, dia en que el P. Almató cumplía 31 años.

Inmensa muchedumbre se agolpó á ver pasar hacia el suplicio á los tres confesores de la fe; dos caballos y dos elefantes abrian la marcha, seguidos de cuatro compañías de tropa, con las espadas desnudas: en el centro de las dos hileras, formadas por las tropas, iban las tres jaulas. Conducía la primera al P. Almató, en cuclillas por no poder ir en otra postura; en la mano llevaba el santo Rosario; iba Berrio-Ochoa en la segunda, tambien en cuclillas y abismado en profunda meditacion, que habia sido el ejercicio constante de toda su vida; el obispo de Mileto, Sr. Hermosilla, marchaba en la última, como en carro triunfal, bendiciendo á la multitud.

Llegados al lugar del suplicio se cortaron las jaulas y los tres mártires se arrodillaron, suplicando el Sr. Hermosilla les dieran algun tiempo para emplearlo en oracion. Reconciliáronse mutuamente, y clavada su vista en el cielo, encomendaron sus almas al Criador. ¡Majestuoso momento! Tres hombres, revestidos de la alta dignidad sacerdotal, sin más delito que el ser demasiado buenos, y predicar la verdad, se preparan á dejar este mundo defendiendo la Religion; oran; entonan cánticos de alabanzas al Señor; le piden perdon por sus faltas, constancia en el sacrificio que van á consumir; ni se quejan, ni se conduelen; saben que una sola palabra puede salvarles, pero morirán antes que soñar en pronunciarla; la muerte es para ellos el triunfo, es la gloria, y el rehuirla seria renegar de su Dios y de su fe.

Terminada la oracion, dijo el Sr. Hermosilla que

«hiciesen lo que quisieran, que ellos estaban dispuestos.» Inmediatamente les ataron las manos á las espaldas y los cuerpos á unas estacas hincadas en tierra, pero de tal modo, con crueldad tan extremada, que el pecho les sobresalía extraordinariamente y el cuello quedaba muy estirado; sólo el Sr. Hermosilla, por su ancianidad, se libró de este suplicio. Les lavaron los cuellos y sonó una bocina, previniendo á los soldados estar alerta y prender al que vieran triste y condolido de la suerte de los sacerdotes.

Así permanecen largo tiempo, expuestos á los rayos de un sol abrasador, en actitud tan violenta y sufriendo horribles tormentos.

Suena, por fin, la señal de muerte; la fatídica bocina retumba de nuevo en los valles, y, al instante, las afiladas cuchillas de los soldados cortan aquellas preciosas cabezas, que ruedan por el suelo. ¡El sacrificio queda consumado! Las cabezas han caído por tierra, mas sus almas han volado al cielo.

Colocaron aquellos sicarios las tres venerables cabezas en palos, teniéndolas por tres dias expuestas al público; mucho trabajaron los cristianos por recoger tan venerandos restos, y lo logró un catequista, dando por ellos tres barras de plata, enterrándolos cuidadosamente en un lugar llamado Jeu-Dat, de la misma provincia oriental, de donde se sacaron más adelante, despues de las debidas confrontaciones para acreditar su autenticidad.

Al conocer Bizcaya la gloriosa muerte de Berrio-Ochoa, precisamente en los momentos en que la Iglesia canonizaba á los Mártires del Japon, estaba foralmente congregada bajo el árbol de Guernica, y en la sesion de 16 de julio de 1862 levantó, en medio del más religioso entusiasmo, acuerdos solemnes, que perpetuarán la memoria de su esclarecido hijo. Despues se pidieron sus restos mortales para que descansaran en el suelo pátrio y que se incoara el expediente para su beatificación, si era procedente. Cumplióse el decreto de las Juntas generales del Señorío y el cuerpo de Berrio-Ochoa fué embarcado en el Tung-kin, en un buque chino, para ser conducido á Manila; sobrevino una tempestad, y los chinos, llevados de la supersticion que les distingue, atribuyeron la borrasca á llevar los restos del cristiano y arrojaron al mar la doble caja que los contenia; mas la Providencia no permitió quedaran sepultados en las ondas, pues, sin que se explique el fenómeno, es lo cierto que á los pocos dias apareció la caja intacta en las playas de donde partió.

Muchos años se ha gestionado el que los fieles tonquineses entregaran tan preciados restos, más se negaban obstinadamente, por tenerlos en gran veneracion, hasta que el Ilmo. P. Ordóñez, dignísimo sucesor de Berrio-Ochoa, se dignó acceder á las reiteradas súplicas de la villa de Elorrio. Reflejar el entusiasmo que en Elorrio produjo la feliz nueva de que los restos de Berrio-Ochoa navegaban ya con rumbo á España, seria difícil; con la rapidez del rayo se comunicó la noticia, y entre el voltear de las campanas y el estampido de los cohetes, todas las casas aparecieron adornadas y la multitud se lanzó á la calle, ávida de cerciorarse de la verdad del hecho. Si grande fué su regocijo este dia, ¡cuál no lo habrá sido al recibir los restos, por cuya posesion ha suspirado más de veinte años!